



ESO QUE LLAMAMOS *Casualidades*

EL DESTINO SE RÍE DE
LAS PROBABILIDADES

LORENA R. JEFFERS

**ESO QUE LLAMAMOS
CASUALIDADES**
Lorena R. Jeffers

Título del libro: Eso que llamamos Casualidades.
© 2018 por Lorena R. Jeffers.

Fotografías: Pixabay.
Ilustración de portada: Lorena R. Jeffers.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser adaptada, reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— sin la autorización previa por escrito de la autora.

Primera edición: marzo, 2018

Dedicado a mi pequeño y maravilloso grupo de lectores de *Wattpad*, que me recibieron con tanto amor y apoyaron aun cuando esto parecía una locura.

A todos los venezolanos que se han visto forzados a emigrar en búsqueda de una mejor calidad de vida.

A todos los Adrianes que luchan contra sus propios demonios y la adicción. Sí es posible.
¡Fuerza!

CONTENIDO

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

El destino se ríe de las probabilidades.
Edward Bulwer Lytton.

INTRODUCCIÓN

—Coño, mami, ¡no! —Tan patético como podía serlo, me aferré a ella—. Te juro que...

Gabriela se removió hasta soltarse y se giró de nuevo hacia mí. Sus pequeños ojos marrón oscuro me enfrentaron entrecerrándose. De haber sido inteligente, yo habría retrocedido. Pero, ah, mierda, la inteligencia y yo éramos enemigos entonces. Aún ahora, no obstante, va mejorando. Algo así.

Como sea.

Apuntó su larga, larguísima uña roja, decorada con piedrecitas brillantes y negó.

—No. Me cansé. ¿Crees que me gusta vivir aquí, como una recojelatas^[1] y todo eso? —Ni siquiera me dio tiempo de responder—. Pues, ¿qué crees, mijo? ¡No!

—Pero Gabi, bebé, escúchame.

—¡No!

—Estoy lográndolo.

Para ser honesto, no estaba consiguiendo nada además de rentas atrasadas, facturas y porquería lloviéndome; sin embargo, conservaba la esperanza.

Gabriela alzó una fina ceja hacia mí. La comisura de su labio tembló y luego estalló en carcajadas. Me lo merecía, siendo honesto, pero me dolió en lo más profundo. Y bueno, ¿dónde mierda estaba el «por siempre juntos» que me prometió cuando todo estaba bien, cuando yo aún era el baterista y líder de *Asesino Nocturno*, la banda de black metal sinfónico más importante del país? En el infierno, claro, como todo lo demás: amor, dinero y sexo. Quizá no en se orden, pero oye, ¿qué importa? Mi mujer estaba dejándome.

Tirándome como a una vaina^[2] desechable. Tú sabes, primero te miran como si realmente les doliera, empiezan con las lágrimas falsas y ese discurso cutre de «no eres tú, soy yo», que es mentira. Aunque en este caso el problema sí era yo.

Llevaba siéndolo los últimos años.

—¡Ja! ¿En serio? —Hundió el dedo en mi hombro y me empujó—. Hace tres años que no logras nada, Adrián, ¡tres-años! No un mes ni dos, ¡tres años! ¿Y yo qué, me como un cable^[3] mientras tu juegas a ser famoso?

Por supuesto que no, sin embargo, esto no era justo. Por como yo lo veía, era muy fácil culparme a mí por todo, mientras que ella no hacía nada en absoluto para ayudarme. Hey, no digo que se prostituyera, pero ¿tanto le costaba buscar un empleo? Yo lo intentaba, todos los días, aunque no era fácil. No desde que mi mundo se vino abajo.

Respirando hondo, meforcé a calmarme. No había dormido la noche anterior, estaba cansado, hambriento y necesitaba café. Está bien, algo más que café, como una botella de *whisky* o un poco de cocaína. Al parecer tendría que morirme de abstinencia porque mis bolsillos estaban vacíos.

—Mami, coño, por favor —rogué—. Solo un tiempo. Estoy lográndolo, en serio. Voy a ir a una entrevista con una banda nueva, además mañana me pagan y...

—¡No! —El desprecio en su mirada se clavó profundamente en mí—. Estoy harta, ¿entiendes? ¡Har-ta! Ya no te quiero. Me cansé. Odio esta vida de mierda que me das.

Las lágrimas picaron duro en mis ojos. Apreté los párpados para no dejarlas salir. Ella no podía ver mi debilidad, no más de lo que lo hizo en el pasado. Gabriela conocía todos mis vicios, pero siempre me mostré fuerte para ella. Como el Rambo rockero que no lloraba, jamás. Yo era su

Batman o una mierda de esas. Y ahora me dejaba como al estúpido e insignificante Robin al que nadie quería. Ya sabes: el maricón débil y triste. *Síp*, ese era yo.

Merecía todo ese desprecio y aun así estúpidamente esperaba algo más.

¿Ves? Tonto, tonto.

—Gabi, por favor...

Negó, indiferente. Gélida como el maldito Polo Norte. Esa no era la mujer que conocía, a la que amaba. Ella arrugó la nariz, revisando su teléfono (en el que por cierto se me fue todo mi último sueldo) y una lenta sonrisa se trazó en sus labios. *Uh-oh*. Eso no podía ser bueno. Así era como me sonreía a mí, en el pasado, antes de convertirme en la mierda que no quería ni pisar.

Y la soltó. La jodida bomba que destrozó mi mundo:

—Tengo alguien más. ¿Te acuerdas de Jesse? Bueno, me voy con él.

Todo se tambaleó. ¿Cómo no recordarlo? El amigo-cara-bonita que le llamaba casi a diario. *Síp*, el que tenía nombre y rostro de mujer. Un niño rico con sonrisa de anuncio y mirada arrogante. Jodido hijo de puta. Nunca me agradó. «Pero a ella sí». El pensamiento me atravesó como una bala y el dolor vino después. Gabriela me estaba dejando por alguien mejor y con más dinero, que podría darle la vida llena de lujos a la que le acostumbré antes de mi caída.

La estrella del rock se hundía en el infierno y su novia lo abandonaba. Qué bonito, maravilloso, considerado y etcétera.

Lo normal.

—¿El que tiene voz de pito? ¿En serio, él? ¿Y qué hay con ese nombre? Jeeeseeee, Jeeeeseseeee. Es de jeva^[4] y todo. ¡Coño, Gabi, puedes hacerlo mejor!

—¿No me digas? Por eso me voy con él.

Golpe bajo. Era una experta en eso. Mis ojos quemaron, llenándose de lágrimas. Maldición, no podía llorar delante de ella. No yo. Nunca lloraba.

Jamás.

Y con todo, eso hice: me quebré delante de la única persona que no debía, como un niño abandonado en medio de la calle. Gabriela me dio una mirada desdeñosa, como si le repugnase y resopló.

—Eres patético. Nada qué ver con el Adrián del pasado. Sangriento nunca habría llorado como un marico^[5].

Sí, tal vez. Pero ese que estaba delante de ella, llorando tan tristemente, no era el baterista que una vez fue famoso; sino un simple hombre enamorado al que le arrancaron el corazón.

—Adiós.

—Gabi...

La súplica murió en mi garganta, así como los restos de mi dignidad.

CAPÍTULO 1

*He intentado huir de mí,
Convencerme de que he crecido, pero no puedo.
Cambio de modo natural [...]
Estoy marcado, sí.
Demonios que me siguen por mi locura.*

La letra de *Demons*, de Avenged Sevenfold, se mezcló con mis sueños. De repente, ya no estaba haciéndole el amor a mi mujer, sino llorando por ella. Extraño, ¿verdad? A ciegas, moví el brazo hacia la cómoda y busqué hasta dar con mi teléfono. Quité la alarma y me encogí sobre mí mismo, como un feto, abrazándome las rodillas. «Cinco minutos», creo haber pensado. Y me dormí de nuevo.

Pero ese día yo no tenía ni un jodido minuto extra, solo una importante entrevista de trabajo a la que no podía faltar.

Desperté luego de media hora, sobresaltado y sudoroso. Aterrado como la mierda. Lo había olvidado. Oh, mi maravillosa entrevista, llegaría tarde. Salí de la cama tan rápido como pude y me lavé los dientes. Olvida la ducha, tendría que esperar. Me puse mi mejor traje: una camisa de botones y mangas largas y unos pantalones de satén... o algo parecido. Sí, no sé nada sobre telas. Mi error. Todo negro. Como tenía que ser. Me recogí el cabello en una cola baja y me quité los *piercings*. Todos. Incluso el de la lengua.

Tenía que dar una buena impresión.

Tan rápido como pude corrí hacia la estación de autobuses. No tenía para el taxi, ¿qué puedo decirte? Estar desempleado apesta, incluso más cuando no hay qué comer y están a punto de cortarte los servicios. Un minuto de silencio por mí. Traíganme los violines, voy a tocar música deprimente. Soy bueno con eso.

Para mi fortuna, logré llegar al *McDonald's* a tiempo. Considerando el tráfico y el retraso en el Metro, yo había tenido suerte. Fui hacia la entrada y me reuní con el pequeño grupo de personas que esperaban la apertura de las gloriosas puertas. *Nop*, yo no iba a comer. Lo que había en mis bolsillos no alcanzaba para eso. Esta era mi entrevista de trabajo. *Glamuroso*, ¿verdad? Y tenía que ser agradecido, vaya que lo intentaba, porque era lo único que me separaba de la delincuencia y la prostitución. Es decir, lo siento. Si no funcionaba, me iría a robar un banco, donar mi esperma o cualquier cosa. Lo que fuera, yo lo haría.

Una hermosa y alta mujer nos guió por las estrechas escaleras, hacia arriba. Las oficinas. La función daría inicio. Después de media hora, llegó mi turno. Lo usual. Responde estas preguntas, dibuja una casa y un hombre, ¿qué ves aquí?... Todo estaba bien. Perfectamente.

Lo estaba logrando.

Sí.

Sí...

La entrevistadora entrecerró los ojos sobre mi cuello. Oh, mierda, no. Nervioso, traté de cubrirme los tatuajes. No funcionó; por el contrario, ella hizo un sonidito de disgusto. Algo como «*Hmp*», aunque probablemente pudo haber sido más bien un «*En*», con una cuota elevada de asco. Y supe que todo se había ido al infierno para mí. Mi millonésima entrevista, arruinada por mi piel. ¿Qué puedo decirte? Debí pensar en esto antes de cubrirme casi por completo. No lo hice. Otro

error. Aunque siendo justos, si fueras un ídolo del rock, ¿lo habrías hecho? Piensa en Dani Filth por un segundo. Sí, bueno, yo era algo muy parecido, pero en Latinoamérica. Él no lo haría. Yo tampoco. ¿Entiendes mi punto ahora? Al parecer ella no, porque se aclaró la garganta y me señaló con su delgado dedo de bruja. ¿Dónde estaba la pechugona de hace rato? Quería hablar con ella. Estaba seguro de que me había visto con ojos locos por el deseo. Quizá si me la llevaba a la cama...

—Está tatuado.

«Muy observadora. Coño, ¿te pagan por eso?», pensé. Fingí mi mejor sonrisa. Encantador como un niño de anuncio publicitario. Un ángel Dios.

—Sí, ¿le molesta?

Alzó un hombro.

—La barba y el cabello pueden irse, no son problema. Los tatuajes..., son otro asunto.

Suspiré. Por supuesto, ¿cómo no?

—Estaré en la cocina, ¿quién me puede ver ahí?

—No importa. Tenemos... reglas.

Yo era experto rompiéndolas. Pero ahora no podía hacerlo. Tenía que ser bueno, un adulto responsable y demostrar que no solo era la mierda que todos decían. Lo acepto, quizá un poquito; sin embargo, trataba de cambiar.

—Entiendo. —Suspiré—. Pero son tatuajes, no se quitan.

Ella apretó sus operados labios de puta. Eran horribles. Una larga línea recta, que estaba llena de bultos. Como tumores. Jamás le habría besado. Aunque dada las circunstancias, creo que hubiera hecho mucho más.

—¿No puede hacer algo al respecto?

«Oh, dulce Jesús, dame paciencia». ¿Qué esperaba de mí? No tenía bufandas ni suéteres de cuello alto, esto era lo mejor y más decente en mi armario.

—¿Sugiere que me arranque la piel? Eso es ridículo.

Alzó una ceja. ¿Lo dije en voz alta? *Oops*. Mi gran bocota. No tanto como la suya, pero me metía en problemas. Esto se pondría feo, sangriento, terrorífico. Olvida *Asesino Ninja* y esa mierda. Esto sería *gore* puro: sangre a borbotones, sesos e intestinos volando.

Lindo.

—Nosotros lo llamaremos.

Uh-oh... Las horribles palabras habían sido pronunciadas. Mi sentencia de muerte.

—No, discúlpeme. —Suspiré—. Necesito el trabajo, por favor. Se lo pido. Me compro una bufanda o una vaina de esas, pero...

Negó.

—Nosotros lo llamamos, que tenga un buen día.

Me habría puesto de rodillas para implorarle, de no ser por su sonrisa hipócrita. Cabizbajo, asentí y me eché a correr por las escaleras. Ahí estaba mi nueva oportunidad, enterrada entre montones de papales, prejuicios y mierda.

Llegué a la calle y me di la libertad de respirar. Mala idea. El delicioso aroma de la comida caliente hizo doler mi estómago. Oh, genial. Simplemente maravilloso. Ignorándolo, fui hacia una de los banquillos de concreto de la plaza y me senté frente a un par de niños horribles que jugaban. No niños de verdad, esculturas horrorosas que seguro causaban pesadillas.

Gemí.

«No llores... No llores... No llores...». No lo hice.

Qué hombre tan fuerte era.

Sí, ya sé. ¿Cómo se convirtió el Dani Filth de Latinoamérica en un casi-indigente? Buena pregunta. He aquí la respuesta: drogas. Y una buena cuota de alcohol. Eso, además de mi exmujer, que me dejó en la ruina. En todos los sentidos.

Todo empezó tres años atrás más o menos, cuando los chicos *Asesino Nocturno*, la banda de black metal sinfónico que inicié en la adolescencia, me echaron sin explicaciones. Oh, está bien, miento, sí la tenían: estaba arruinándolos con mis constantes recaídas y escándalos. Así que, tan simple como eso, buscaron un nuevo baterista y se olvidaron de mí. Meses después, la banda se desintegró y cada uno tomó su propio camino. Les estaba yendo bien a todos, excepto a mí.

Nadie quería tener que lidiar conmigo. Yo era la mierda indeseable que les asqueaba pisar. Por lo que estaba solo, buscando una salida. Fallando vez tras vez, justo como hoy.

Ah, dulce tormento. Me hacía feliz.

No podía desanimarme. Hallaría algo, cualquier cosa. Lo-que-fuera. Volví a considerar prostituirme. Aún estaba en forma. Gracias a Dios por eso, no me había puesto delgado como un alfiler. Aunque de seguir así, lo estaría en un par de meses. Y realmente necesitaba comer. También drogarme. Y café. Y beber alcohol... Ah, bien, lo admito, necesitaba un montón de cosas. No todas esenciales como el alimento, sin embargo.

Pero ahora, solo quería desahogarme. Usualmente lo hacía con mi mujer; pero la muy perra me abandonó por un niño millonario cara-de-mujercita-voz-de-pito. Por lo que estaba solo. Olvida a mi familia. Mi madre era una bruja incluso peor que la Madrastra Malvada, mi hermanita era un caso perdido —como yo— y mi hermano... Ni hablar. Éramos enemigos.

Con un suspiro, me levanté y comencé a caminar sin rumbo. No tenía que volver temprano a mi miserable apartamento, así que era libre. Llegué a un basurero, detrás de un edificio comercial. No sé qué era, realmente, no me fijé, pasé de hacerlo. Y tampoco se trataba de un basurero en realidad; habían convertido la pobre esquina en uno. *Síp*, yo la entendía. De haber sido una persona, habríamos llorado juntos, reído, compartido nuestras penurias y etcétera.

Hermoso.

Un gato le maullaba a un perro que estaba ladrándole. Lo ignoré. ¿Has visto esas peleas? Sangrientas. No quería meterme en eso. No obstante, el gato continuó maullando-gimiendo-suplicando. Una cosa horrible. Y mi buen corazón sintió pena, me habría gustado que alguien se compadeciera de mí en lugar de darme una patada en el culo. No se trataba tanto de mi corazón amable, la verdad es que fue mi estómago. «En algunos países comen gatos», pensé. Y dado que la mayoría de las personas daban por sentado que eso era lo que yo hacía (ya sabes: adorador de Satán, que se baña con la sangre de recién nacidos, desflora vírgenes y, ¿cómo no?, come gatos negros a la luz de la luna), creí que sería una maravillosa idea intentarlo.

Coño, el hambre hace unas cosas terribles con tu cabeza.

Sin saber muy bien qué haría, me devolví hasta el cúmulo de basura. Encontré al perro acurrucado frente a una caja de cartón húmeda y unas ratas muertas. «¿Y el gato?». No iba a comérmelo, solo a darle una mordidita inocente. ¡Bah! Claro que no. La verdad es que pensé en adoptarlo para tener compañía. Yo estaba muy solo, al igual que él. Me acerqué al perro, que me gruñó. Golpeé el suelo con el zapato, espantándolo. El gatito volvió a hacer ese ruido estrangulado. Miré dentro de la caja. «Ay, coño». No había ningún gato. Permíteme repetirlo con el debido énfasis: noo-había-ningúún-gaato.

No-había-ningún-puto-gato.

No-había-ningún-maldito-malparido-gato.

Y sentí náuseas. La bilis me subió por la garganta, con su sabor de mierda y horriblemente agrio. Tragué frotándome el rostro con la mano. ¿Quién en su sano juicio haría algo como esto?

Alguien sin corazón, como mi exmujer, quizá. Lamiéndome los labios, que se me secaron de repente, respiré hondo.

Un nuevo gemido, porque ahora sabía lo que era.

Me incliné para sacarle de la basura y le sostuve en brazos. Envuelto en una delgadísima manta rosa, se encontraba un bebé. Una niña bellísima de piel morena, que me miró con esos enormes —de verdad enormes— ojos marrón oscuro, casi negros, y sollozó.

Estaba fría.

«Coño, pobrecita». Atrayéndola hacia mi pecho, la abracé para que entrara en calor. «¿Qué haré contigo?». No tenía una miserable idea, sin embargo, sabía lo que no iba a hacer: dejarla morir en ese lugar sucio y fétido. Entonces, con mis desordenados pensamientos aún más fuera de control, me dirigí a casa. Quizá sería fácil.

¿Qué tanto trabajo me podría dar un bebé?

CAPÍTULO 2

Resulta que no era nada fácil cuidar a un bebé, mucho menos a uno desnudo y hambriento. Déjame ponerlo de este modo: cuando subí al tren, con dirección a la casa de mi madre — ¿Alguien dijo nunca «pisotear el orgullo»?—, yo lucía como la mierda y olía incluso peor. Bueno, yo no tanto, pero ella... Todos los ojos se fijaron en mí de inmediato, como si fuera algún terrorista salido de una de esas series extranjeras. Ya sabes: hombre malo sube al tren con un paquete, grita algo en una lengua que nadie entiende y *pum*, volamos en miles de pedacitos sangrientos. Encantador. Una mujer gorda y bajita arrugó la nariz y otra miró al bebé en mis brazos como si sintiera pena.

Nervioso, me senté junto a un hombre de traje y corbata que se levantó como si yo tuviera la peste. Viéndome desde arriba, él hizo una mueca. Yo suspiré. Estaba cansado y moría de hambre, por lo que traté de ignorarlo. No estaba de humor para esto y seguro que si me provocaba le saltaría encima. Bebé o no, le patearía el culo hasta que mi zapato se enterrara en él.

Estuve en la estación de Propatria en al menos media hora. Subí las escaleras y me quedé mirando... nada en específico. ¿Qué hacía yo ahí? Oh, vamos. No veía a mamá desde Navidad, cuando discutimos como de costumbre y yo le grité que se fuera a la mierda. Más específicamente, maldije a su propia madre, mi pobre abuela, ella me lanzó un vaso de vidrio que se estrelló contra la pared y... «Debería irme», pensé. Hice el intento de devolverme, pero la niña en mis brazos me detuvo. No podía continuar siendo orgulloso ni egoísta. Ella tenía hambre y necesitaba cosas de bebés sobre las que yo no tenía ni una miserable idea.

Quisiera o no, tendría que hacerlo.

Dando un suspiro, comencé a caminar hasta llegar a su casa. Era mediana, pintada de blanco y verde y con rejas negras. La motocicleta de mi hermano, estacionada al frente, me dijo que él estaba ahí. «Lo que me faltaba». De todas las persona en Venezuela era el único que no quería ver. No ahora, en esta situación al menos. Pero maldita mi suerte, fue Maykol —no, no es un error. Sí, ese es su nombre. Sí, es de esta forma como se escribe— quien me vio antes de que tocara el timbre siquiera. Sus ojos se dirigieron de inmediato hacia el bebé que continuaba llorando y luego a mí. Pasando de uno al otro, permaneció inmóvil y sin camisa en la ventana.

—¿Vas a abrirme o echo raíces^[6] aquí, marico? Tú dime.

Maykol me dejó pasar. Mi madre estaba en el sofá, viendo una de esas telenovelas cutre a las que les prestó más atención que a mí a lo largo de su vida. Como de costumbre, no se percató de mi presencia hasta que me aclaré la garganta; solo entonces levantó la mirada y... bingo. Sus pequeños ojos marrones parecían querer salirse de las cuencas. Una imagen divertida, si me lo preguntan.

—¿Y esa carajita^[7]?

—Me la robé, pa' *sacrificársela* al Gran-Señor-Oscuro. —Me burlé—. Hola, Amarilis, estoy bien. Gracias por preguntar. Tan amable como siempre.

—Deja esa vaina del sarcasmo, Adrián, que no estoy de humor. ¿Cuándo parió Gabriela?

El solo hecho de oír el nombre de mi ex me derrumbó. Como una patada en el estómago que dejó sin aire, débil, sin ánimos.

Negué.

—No es mía. Me la conseguí en Chacaíto, en la basura, por ahí. Alguna puta la botó.

—*Ah-ha*, y yo soy gafo^[8], pues. —Maykol me dio una mirada despectiva—. ¿Dónde dónde

la sacaste?

Bufé. Ah, sí, las bondades de tener una familia disfuncional. Tanta paz, amor, solidaridad y etcétera.

—No, tú eres un pájúo^[9] —respondí de mala gana y me concentré en mi madre—. ¿Tienes leche, papilla o una vaina de esas?

Ella asintió.

—En la cocina.

—Gracias. ¿Te la quedas mientras le hago algo?

Mi madre movió la cabeza, con los ojos en la televisión. Dejé a la niña en sus brazos y me fui a preparar algo de comer... para ella y para mí. Sí, bueno, a esas alturas ya no me quedaba ni un poco de orgullo. No después de mi fallida entrevista de trabajo. En realidad, creo que lo perdí todo al suplicarle a Gabriela que no me dejase.

¿Alguna vez has intentado darle de comer a un bebé de... dos meses quizá, sin un biberón? Es el infierno. Jodida y aterradoramente absurdo. Traté con todo: pajillas, botellas de soda, jeringas... Imposible. A final, mi madre se hartó debido a sus gritos e hizo magia: alimentó a la niña con un biberón improvisado. No me preguntes cómo, no lo sé. Incluso le sacó los gases antes de entregármela con sus cara de voy-a-cortarte-en-pedacitos que solo me ponía a mí.

Pude haberle hecho un altar en ese preciso instante o besado, pero mi madre y yo no éramos precisamente afectivos. Se nos daba mejor gritarnos y lanzarnos objetos peligrosos.

—¿Qué harás con eso? —La señaló.

Y sí: esa era mamá. Tan dulce como siempre. Todo amor y ternura.

—¿Es muy tarde para abortarla, *uh*?

Ella entrecerró los ojos sobre mí. Todo el ambiente se volvió tenso y gritó «peligro». Pero jodida mierda, yo era suicida.

—¿Vas a seguir con la vaina? Supéralo y ya.

Síp, claro. «La vaina» era nada más y nada menos que el aborto casero que le hizo a mi hermana de dieciséis años. Por eso habíamos discutido durante las fiestas navideñas. Puede que no parezca gran cosa, pero permíteme ponerlo en contexto: estábamos cenando y bebiendo. Casi parecíamos una familia real, feliz, de esas que ves en la televisión. Y de repente, *pum*, la bomba: «Tuve que sacarle el muchacho^[10] a Rocío». Así de simple. Y todo a mi alrededor pareció congelarse por un momento.

Ah, mierda, lo admito: no esperaba que fuera virgen. Eso ni en mis mejores fantasías, pero al menos que no se acostase con medio barrio. Y de todos modos, si iba a hacerlo, que se cuidara. Que mi madre lo hiciera, ¿era mucho pedir? Porque lo que menos me preocupaba era un embarazo no deseado, en realidad, sino las infecciones. Cuando traté de reclamarle a Rocío, me recordó que no éramos nada más que medios hermanos y que yo no podía sermonearla siendo un drogadicto de mierda, alcohólico y fracasado.

Al parecer ella también olvidó quién pagó su vida de niña rica hasta que se declaró en bancarrota. ¿No adivinan? Yo. Que conste en el acta.

—Me la voy a quedar —respondí a su pregunta—. Pero no sé un carajo sobre chamitos^[11].

Mi madre alzó un hombro, como si no le importase.

—Solo hacen tres o cuatro cosas: comer, cagar, llorar y dormir. No en ese orden, pero da igual.

Cuánto amor. Tanta ternura me conmovía.

—Sí, *ah-ha*. ¿Y cómo la baño, le doy la comida y esa vaina?

—Agua tibia, pruébala con el codo. Que no te queme. Más fría que caliente. La comida, con

el tetero^[12], pues. Lo demás, lo aprendes solo. A mí nadie me enseñó a ser mamá.

Por supuesto que no, y le había salido de maravilla. Se merecía un premio.

—Gracias —refunfuñé—. ¿Y cómo sé si está enferma?

—Fiebre. Llanto... —Me dio una mirada que me hizo sentir como un deficiente mental—.

Llévate la leche y lo que necesites.

Dando un suspiro, asentí.

—Gracias.

La niña ya no lloraba en ese momento, en realidad estaba dormida. Teniendo cuidado de no despertarla, la envolví en una manta que me ofreció mi madre y salí ignorando la sonrisa burlona de mi hermano mayor.

Ah, mierda, ¿en qué problemas me metía? Esta era una mala idea, pésima. Horrible. Sin embargo, yo sabía que no me quedaba opciones. No la dejaría en la calle y seguro como el infierno, tampoco la llevaría con la policía. Había oído historias, una más terrorífica que la otra, sobre lo que le hacían a los niños en los albergues.

Con ella no sería igual. Me encargaría de cuidarla, de algún modo, y resolvería las cosas.

Le di una mirada y tomé aire antes de volver a ingresar al Metro. Todas las personas necesitaban un nombre. ¿Tenía que ponerle uno?

CAPÍTULO 3

Llegué al edificio en el que vivía a eso de las ocho de la noche. Cansado física y mentalmente, confundido y con un bebé que había vuelto a llorar tan pronto como bajé del elevador. Eso, además de que fue al baño... encima de mí. Oh, dulce Jesús, aquello era una cosa espantosa y olía incluso peor.

Mi camisa quedó arruinada y yo necesitaba una ducha urgente.

Corrí hacia la puerta, con las llaves en la boca y la niña pataleando en mis brazos. De haberlo visto, me habría reído; pero como se trataba de mí solo estaba esforzándome para no perder la poca paciencia que me quedaba. No me malinterpretes, es solo que pienso que a nadie le gusta apestar a mierda. Puedo equivocarme, sin embargo. No lo sé. Justo cuando metí la llave en la cerradura, la más chismosa de mis vecinas asomó la cabeza por la ventana y me miró como si me hubiera salido un tercer ojo o una nueva oreja... en la frente. Tal vez un par de cuernos y colmillos o una cola con punta de flecha, no tengo idea.

Tratando de ignorar a Martha, giré la llave. La niña dio un grito estrangulado y mi vecina salió al pasillo para ver qué estaba haciéndole el hombre malo y lleno de tatuajes al pobre angelito.

—¿Quieres que te ayude? —me preguntó.

Yo habría hecho un pacto con Satanás por una tercera mano en ese instante, pero tratándose de Martha prefería cortarme una o castrarme sin anestesia y con un cuchillo para mantequilla. Ella jamás hacía favores sin cobrártelos después, con creces, con un interés elevado al infinito. Ah, y también tenía la mala costumbre de contárselo a todo el mundo, con exageraciones y mentiras.

—No, estoy bien, gracias.

La niña volvió a chillar. Martha me miró con una ceja alzada. *Síp*. Bendita mi mala suerte. Rendido, suspiré.

—¿Puedes abrirme la puerta, por favor?

Con la mirada fija en el bebé, ella hizo lo que le pedí y luego arrugó la cara como si estuviera a punto de sufrir un colapso.

—¡Jesús, María y José!, ¿qué hiede así?

Y eso que apestaba, éramos la niña y yo. Sobre todo yo, que me había llevado la mejor parte de su improvisada visita al baño.

—Es que... como que se me cagó encima.

—Para eso le pones un pañal, ¿sabes?

«Ay, no me digas», me burlé de ella. Dentro de mí, por supuesto. Decírselo habría sido como firmar mi sentencia de muerte. Mejor ser discreto y no enfurecer a la perra del diablo.

—Se me acabaron —mentí—. Y el que tenía puesto lo cagó también. Como que tiene diarrea o qué sé yo.

Martha me frunció el ceño. Como continuaba en medio de mi puerta, no podía pasar. Me preparé mentalmente para la pregunta que sabía que iba a hacerme. Podía verlo en sus ojos, ella estaba muriéndose de la curiosidad.

—¿Y de quién es? —La señaló.

Tomé aire antes de responder.

—Mía.

Su ceño se frunció incluso más, dándole la apariencia de una vela derretida. Tuve que

contener el deseo de reírme, eso no habría sido bueno para mí. Tengo una imaginación muy florida, ¿qué puedo decir? Y no me ayuda demasiado en los momentos en los que debería comportarme como un hombre adulto.

Jodido niño interior, salía a jugar en los peores momentos.

—¿Tuya? —Su voz se elevó lo suficiente como para despertar a medio piso—. ¿Cómo...?

—Me cogí^[13] a una tipa^[14] y ¡pum! Apareció ella. Y como no la quiere, me la dio.

Pese a tratarse de una mentira, esa podría ser una idea excelente para formalizar la adopción o lo que fuera que se hiciese en este país. Martha me dio una mirada del más profundo reproche. La niña volvió a llorar, removiéndose. Yo suspiré.

—Martha, me gustaría seguir hablando contigo y tal^[15], pero... —Le di una mirada a la bebé —... tengo que bañarla, bañarme y hacer todas esas vainas de padres responsables que no sé.

Ella parpadeó, como saliendo de un sueño y se hizo a un lado.

—Ah, sí... Si... Buenas noches.

—Buenas noches.

Con una inclinación de cabeza, ingresé y cerré. Haciendo malabares con la que ahora sería mi hija, encendí la luz. La soledad me golpeó duro. Esto era habitual: yo esperaba, estúpidamente, volver a encontrar a Gabriela ahí. Pero eso nunca sucedía. En mi interior estaba seguro de que no iba a ocurrir jamás, solo que no deseaba aceptarlo.

Reprimiendo mi propia depresión y corazón roto, continué hacia la ducha. Me desvestí, abrí la llave y esperé que el agua estuviera lo bastante tibia como para meterme junto al bebé. Gracias a Dios aún no me cortaban los servicios, aunque de no pagar lo harían ese mes o a inicios de otro.

Con la niña aún llorando, me metí debajo del agua. Olvida la bañera, ¿quién en Venezuela tenía esas cosas? Al menos, yo no. Ella comenzó a relajarse en el instante en que el agua nos mojó a ambos. Esto era un poco más difícil de lo que esperaba, pero podía con ello. Apretándola contra mí, nos limpié a los dos con un poco de jabón líquido y champú, para eliminar la pestilencia. Habría utilizado desinfectante, de tenerlo. Como no era el caso, tuve que conformarme con lo que estaba disponible.

No tardé más de cinco minutos, por lo de los resfriados y todas esas cosas que no tenía idea de cómo enfrentar. La sequé con una toalla e improvisé un pañal con unas sábanas. Después la vestí con una de mis camisetas, que tuve que cortar y anudar para no ahogarla.

Le di un vistazo a mi obra maestra y sonreí complacido. Esto de ser papá se me daba bien. Mucho. ¿Dónde estaba mi premio? Lo merecía.

Creyendo que todo estaría bien, cometí el error de sentarme en la cama para descansar. Una mala idea. Ella comenzó a llorar. Olvida el llanto dulce, si es que existe, esto eran gritos desesperantes que harían explotar mi cabeza. Volví a cargarla y me levanté con ella. Fui hacia la cocina y le preparé algo de comer.

De nuevo papillas líquidas, biberones improvisados y etcétera. Esta vez me fue mejor, logré alimentarla casi sin problemas, salvo por uno que otro pequeño derrame.

La niña, finalmente, se durmió dos horas después. Había sido algo cansado, mucho, lo suficiente para mí. Pero al final, cuando pude verla sobre mi almohada, me dije que valía la pena. Un poco sentimental, ¿cierto? Bueno, los hombres también podemos serlo. ¿Quién mierda dijo que no tenemos corazón?

Como sea.

Me mordí el labio superior mientras pensaba. ¿Cómo conseguiría esto? Ya estaba decidido: iba a quedármela. Estaba claro. Pero honestamente, ¿cómo la alimentaría cuando la mayoría de las veces no tenía para comer? Sin contar que era un adicto a las drogas y el alcohol. Estaba hundido

en la mierda, hasta el fondo, ¿cómo cuidarla cuando no podía hacerlo conmigo mismo?

Cerré los ojos y me froté los párpados. Por un instante, la sonrisa de mi padre volvió a mi cabeza. La misma que me dio antes de marcharse, dejándome solo en un barrio en el que no tenía futuro. Coño, yo era una buena persona considerando la basura de la que salí. Sus palabras, como eco, vinieron desde adentro: «Pórtate bien, Adrián», me dijo y desapareció. Por supuesto, no le hice caso. No valía la pena ser bueno con una madre que me odiaba por el simple hecho de ser idéntico al hombre que la abandonó, como todos los demás; cuatro o cinco, ya no recuerdo. El mismo hijo de puta del que heredé no solo el nombre, sino todo mi carácter. O eso me dijo ella alguna vez.

Una punzada de dolor me hizo abrir los ojos. Era más bien como la asfixia que precede al llanto. Sin embargo, no lloraría hoy. No ahora. Por lo que me concentré en el bebé. No deseaba ser como mi padre, no podía.

No la dejaría tirada. Ya encontraría un modo.

Respirando hondo, tomé mi teléfono, abrí el navegador y escribí: «Nombres para niñas con sus significados». De inmediato, la pantalla se llenó con páginas que fui visitando una a una. Es que, vamos, mi hija no podía llamarse «bebé» o «niña» para siempre. Y ni hablar de ponerle los típicos nombres venezolanos. ¿Qué clase de acomplejada sería llamándose Lisyubisay, Fabarilis o una vaina parecida? Ya podía imaginarlo: «Adriniela, ven acá», «Maykarilis, deja eso», «Rociadriana, pórtate bien». No, gracias.

Yo podía ser una mierda de persona, pero mi maldad no alcanzaba esos niveles.

Luego de media hora, encontré uno que me gustó lo suficiente para elegirlo: Daila. Hermosa como una flor. «Perfecto. Este será», me dije. Daila Vanessa Ramírez, ese sería su nombre desde ahora.

Y yo sería el mejor maldito padre del mundo, adicto y a punto de vivir en la miseria o no. Quizá este era el empujoncito que necesitaba, después de todo, para cambiar mi vida.

CAPÍTULO 4

Ser padre solteroapestaba. No me mal entiendas, es solo que yo no estaba acostumbrado a esto, es decir: levantarse a media noche para darle de comer a Daila, mecerla hasta que se quedara dormida; bañarla y cambiarle los pañales... Coño, hasta había empezado a cantarle esas mierdas para niños que, como por arte de magia, le calmaban. *Síp*, bueno ya me sabía todas las de *Disney*, tú solo di el nombre y yo la cantaré, los *Pollitos* y *Alicia va en el coche*. Esta última era mi favorita, bastante macabra para ser infantil; pero oye, la vida es una perra y mi niña tenía que saberlo. Este no era el problema, sin embargo, yo podía con ello. Soy un tipo rudo. Siendo sincero, lo que me volvía loco era no poder drogarme y que Daila no tuviera un botón de apagado.

Las primeras semanas estuvieron bien, conseguí que una de mis vecinas me hiciera un préstamo, a estas alturas ya debía el culo, pero para mi fortuna Florencia era buena conmigo. Ella siempre me recibía con una sonrisa y me decía las mismas palabras: cuando puedas me pagas. Así que pude comprarle lo básico a mi hija: pañales, comida y un poco de ropa. Además de que obtuve algo para mí mismo, pero cuando se acabó comenzaron las dificultades. Yo necesitaba drogas, lo siento. Podía hacer un cóctel con analgésicos, inyectarme cafeína o lo que fuera; y aun así no servía de nada. Mi mente era un caos, me sentía como un zombi y lo peor era los intensos dolores. Olvida la migraña, esto era el infierno: Satanás abriéndote desde arriba con sus afiladas uñas, sus demonios cogiéndote como a una perra, King Kong aplastando tu cerebro. Tú elige, para mí era todo junto y más.

Y luego estaba mi hija, mi precioso querubín, que tenía unos pulmones infernales. Ella lloraba por todo, gritaba horriblemente en los peores momentos: cuando yo estaba en medio de una crisis. Recuerdo haber pensado que si salíamos vivos de esa, formaría una nueva banda y le daría el lugar de vocalista. Olvida a Angela Gossow, Daila pateaba culos siendo un bebé.

Me habría sentido orgulloso de no estar muriendo de abstinencia, como hoy.

Daila estaba frente al televisor, viendo a la cerdita deforme de color rosa, que hablaba como retrasada mental. Yo había intentado hacer que dejara de verla, pero siempre que lo intentaba Daila se dedicaba a gritar. Y Dios, no podía con ella, por lo que tomé la sabia decisión de no interferir. Mi hija tenía carácter, ¿qué puedo decirte? Sin embargo, no estaba funcionando para mí. Todo me molestaba: las luces, el aire, incluso su risa. Y yo sabía que no era su culpa, sino mía, y aun así llegué a preguntarme por qué mierda estaba haciéndolo. No era mi hija en realidad, ¿qué me importaba si se moría en la basura o no? No necesitaba más deudas ni problemas. Y seguro como el infierno, tampoco responsabilidades.

«Ya, solo... sácala». Llevándome las manos a la cabeza, gemí. Oh, el dolor... Ahí estaba: dulce tormento, ¿qué haría yo sin él? La cerdita deforme dijo algo, Daila rio, yo gemí. Esto no estaba funcionando, sobre todo porque el otro Adrián estaba saliendo a la luz como el monstruoso hombre verde que siempre estaba furioso. Quería gruñir y gritar, destrozando cosas, y etcétera. No lo sé. Honestamente, no tenía idea. Era como si las llamas se dispersaran a lo largo de mi cuerpo, llenándolo. Y ardía. Cada parte, cada músculo.

Tan solo era cuestión de tiempo para comenzar a golpearme a mí mismo contra las paredes y a gritar por el intenso dolor.

Mirando a Daila por el rabillo del ojo, contenta como estaba, recordé de nuevo a mi propio padre. El hijo de puta que me abandonó. Nunca había pensado en él, no al menos con la intensidad y frecuencia del presente. Para mí no era nada más que una mancha en mi memoria, algo que no

tenía importancia. Alguien, lo-que-fuera. No obstante, desde que comencé a cuidar a Daila, todo lo que hacía era pensar en ello. ¿Cómo habría sido mi vida de tener un padre cuidándome? Ya sabes, de esos que te llevan a la escuela y te enseñan cosas; que están presentes en los días especiales y te llevan al parque para jugar. ¿Me habría convertido en el patético ebrio y adicto que era? A lo mejor. Yo era una mierda, ¿cierto? Mi padre no tenía la culpa, en absoluto, era mía. Con todo, yo me preguntaba si haberlo tenido en mi vida habría tenido un efecto diferente.

Así que yo no podía hacerle lo mismo, ¿verdad? Traté de pensar en ello. En los planes que estuve haciendo mientras mi mente todavía funcionaba. Sería el mejor maldito padre del mundo: le enseñaría a caminar, hablar y comer sola. No en ese orden, pero lo haría. También le enseñaría a odiar el reggaetón, bachata, vallenato y cumbia, al igual que muchos ritmos latinos. Cuando cumpliera ocho, aprendería a hacer guturales. Claro, además de ir a la escuela y toda esa porquería familiar que yo no tuve. Se suponía que íbamos a lograrlo, que yo...

«Sácala. Sácala. Sácala». Apreté los párpados, respirando cada vez con más dificultad. No me había dado cuenta de cuándo, pero ya estaba sentado en el suelo, retorciéndome. Mis manos literalmente picaban y el sudor frío me goteaba por todo el rostro. Mal. Esto era pésimo. Y se pondría peor si no obtenía algo pronto. Lo que fuera, incluso de mala calidad. Una pizca.

Estaba muriéndome.

Sobre el sofá, rodeada por cojines, Daila volvió a reírse. Ya no estaba la cerdita. Había un grupo de animales estúpidos cantando algo sobre amistad y amor. Pura mierda. «Sácala. Sácala. Sácala. ¡Ya, ya, ya!». Mis desordenados pensamientos iban todos dirigidos hacia Daila. Ella tenía que irse. Yo tenía que irme. Santo Dios. Esto era insoportable. Gemí golpeando la frente contra el duro y frío suelo. Por un momento, me sentí aliviado.

«Hielo. Necesito hielo», me dije, aunque no me moví. Mi cuerpo pesaba una tonelada. Daila se rio y yo solo... la miré en silencio. Un largo rato. «Esto es su culpa. Te gastaste todo en la carajita esa y...». El hilo de mis propios pensamientos me asustó. ¿Realmente estaba culpándola? Ah, sí, bueno, la abstinencia no era una cosa bonita. Es difícil ser coherente y mantener a tu yo bueno al mando cuando el otro asoma sus garras y tú solo quieres aliviar el dolor. Ser un adicto no es nada fácil; es vivir constantemente en una lucha contra las dos personas en las que te has convertido, y ninguna eres tú en verdad. Por un lado, está el idiota patético que eres cuando estás drogado: delirante, irracional, sin control de tus propias emociones. Y por el otro... Oh, mierda, en el otro extremo se encuentra el bastardo enfermo, el monstruo que es capaz de hacer lo que sea para drogarse.

Y en el fondo, encerrado en tu propia mente, se encuentra tu verdadero yo. Como un niño miedoso, escondido en un rincón viéndolo todo. Llorando y gritando, suplicando que lo dejen salir.

Yo estaba en el medio.

Oh, no me malentiendas. No me justifico. No lo hago. Merecía lo que estaba sufriendo, me lo busqué el primer día que decidí iniciar con la cocaína y el alcohol. Fin.

Necesitaba drogas, ahora, con urgencia. A punto de colapsar, habría hecho lo que fuera, incluso lastimar a Daila. No obstante, también se hallaba el verdadero Adrián: aterrado de sí mismo, observando desde el fondo cómo la bestia tomaba el control y veía con ojos furiosos a su hija. Puede que yo no hubiera tenido un padre, que no supiera nada sobre familias amorosas, funcionales y etcétera; pero estaba seguro de que esto no era lo que ella se merecía.

«Es su culpa. Su culpa. Su culpa. Su culpa...». Golpeé mi frente contra el piso una, dos, tres veces... Necesitaba calmarme. Respirando profundo, me senté de nuevo. «Su culpa. Sácala. Su culpa. Sácala. Su culpa. Su culpa. Sácala. Sácala. Sácala...». Apagué el televisor, recibiendo

como respuesta uno de los potentes gritos de Daila. Eso no ayudó ni un poco.

No sabía qué hacer.

«Flor». En un momento de lucidez, su nombre me vino a la mente. Ella siempre estaba ayudándome con lo que necesitara: consejos que nunca le pedí y a los que no hice caso, dinero, comida... Era como la madre que Amarilis no quiso ser para mí. Lástima que hubiera llegado veinticuatro años tarde. *Síp*, ¿dónde dejamos los violines? Ella incluso me enseñó a ponerle los pañales a Daila y a hacer todas esas cosas de padres que yo no sabía.

Con el cuerpo temblándome, cargué a Daila, quien se entretuvo con mi cabello, y la llevé por el pasillo hacia el apartamento de Florencia. Ella debía de estar ocupada a esta hora, pero yo no tenía a dónde ir. Llamé a la puerta y esperé. Estaba seguro de que si Daila se movía, la dejaría caer al suelo, debido a mi debilidad. Para mi fortuna, se mantuvo extrañamente quieta.

Los ojos de Florencia me miraron con asombro. Como de costumbre, Martha se asomó por la ventana. Supongo que tenía sentidos super desarrollados o una cosa de esas. No sé cómo lo hacía, sin embargo, ella era capaz de percibir mi presencia y la de cualquier otro vecino a metros de distancia. Decidí no hacerle caso y concentrarme en Florencia, quien me miró como si fuera un fantasma.

Quise sonreírle, de hecho traté, solo me salió una mueca que debió de ser horrible porque ella se asustó incluso más.

—Mijo, ¿qué tienes? —Su voz me pareció lejana—. Estás pálido y temblando.

Mi mandíbula se apretó.

—Me siento mal, Flor —admití—. ¿Me ayudas?

Le extendí a Daila, ella la tomó. Era increíble, pero mi hija lloraba con cualquiera excepto con nosotros. Aliviado, suspiré mientras me recostaba de la pared.

—Pasa, pasa. —Se hizo a un lado. Como no me moví, ella miró hacia atrás—. ¡Beba, ven acá!

Su nieta apareció en la puerta un minuto después. Con sus rizos oscuros revueltos y unos pantalones pequeños y demasiado ajustados. Me miró con el ceño fruncido y después parpadeó. Nayalí, *la Beba*, y yo no éramos los mejores amigos; aunque nos tolerábamos. Solíamos tener nuestras discusiones constantes por su obsesión con el pop, oriental y occidental, para maricas. La verdad, no terminaba de entender qué tenían de interesante BTS, 1D, BTR y todas esas bandas de amanerados con voces de pito. Estaba harto de oír por qué Lee Min-Ho era sexi, Liam caliente y Su-Ga adorable. De todos modos, ¿quién coño eran esos tipos?

Larga vida al black metal, lo siento.

—Está que se desmaya, ¡agárralo! —dijo Florencia.

Yo traté de negar. Martha salió al pasillo, aunque no hizo el intento de acercarse. Nayalí pasó mi brazo por sus hombros y me arrastró adentro. El apartamento de Florencia era difícil de describir, sobre todo porque tenía esa aura de museo y antigüedades que me erizaba los vellos, aunque lo que siempre capturaba mi atención eran las máscaras de porcelana que colgaban de las paredes. Sin ojos y con sonrisas falsas, era como si siguieran cada uno de mis pasos. Casi todas parecían mujeres antiguas y hermosas, pero Dios, en la noche debía de ser el infierno.

Nayalí me ayudó a sentar y fue por agua. No me había dado cuenta, pero estaba temblando incluso más que antes. Florencia dejó a Daila en los brazos de su nieta y se acomodó a mi lado para ayudarme a beber.

—¿Ya comiste, mi amor?

—N-no.

Miró a Nayalí.

—Beba, deja a la niña en mi cama y hazle una arepita^[16]. —Sus ojos se suavizaron—. ¿Qué tienes mijo?

Yo tragué duro antes de confesarle la única y patética verdad:

—S-se me acabó —murmuré—. Y que-quema... —Gemí— Coño, Flor, necesito...

Pude ver dolor en sus ojos. Amarilis jamás me miró de esa forma: como si yo le importara. Cuando supo que era adicto, me dio una patada en el culo y me echó de su vida. Bueno, después de que quedé en bancarrota. Mi vecina, en cambio, parecía sufrir por mí. Quizá fueran los años que llevábamos conociéndonos o simplemente tenía buen corazón porque era evangélica. Como fuera, se lo agradeceré siempre.

—No puedes seguir así, Adrián. Tienes una hija.

—Y-ya sé.

¿Sabía? En ese instante, no. Todo lo que había en mi mente era una cosa: drogas. Habría hecho lo que fuera para conseguirlas.

—Y sabes que yo no puedo darte... —Respiró profundo—. Dios te ama, Adrián, y no quiere que sigas así.

Sí, Dios me amaba tanto que me puso en una familia de mierda que me dejó cuando ya no tuve nada que ofrecerles. Me amaba tanto, que mi mujer me cambió por un cara-de-jeva-voz-de-pito que podía darle lo que yo ya no. Sí, gracias Dios, por amarme así.

En el fondo, sabía que eso había sido mi culpa, por elegir mal.

—T-te voy a pagar.

—No es que me pagues. —Me apretó la mano. Su contacto quemaba—. Es que no está bien.

—Y-ya sé, pero... no sé cómo salir de esta vaina, Flor. L-lo necesito.

Negó.

—Tú lo que necesitas es ser fuerte y salir adelante por tu hija. —Respiró hondo. Cuando habló, lo hizo con la voz quebrada—: Tú eres más que esto.

¿Lo era? Nadie me lo había dicho antes. Desde niño estuve escuchando lo triste y asqueroso que era, cuánto me parecía a mi vago padre y lo mucho que me odiaba mi madre; pero decir que tenía un valor real... Las lágrimas picaron duro en mis ojos. No quería llorar. No ahí, no con Florencia viéndome y Nayalí en la cocina. Yo no... Lloré sintiéndome solo y confundido, necesitado, hambriento y dolorido en cuerpo y alma.

Florencia me abrazó sin decir una palabra, hasta que me calmé. Después me miró a los ojos y me dio una sonrisa triste.

—Toma. —Puso varios billetes en mi mano y la cerró—. Déjame a la niña aquí y vienes cuando te sientas mejor.

—Gra... gracias.

Su mirada triste me traspasó.

—Cómete la arepita primero.

—Sí.

Ella se mordió el labio. Esto debía de estarle costando mucho, después de todo iba en contra de sus creencias. En las de cualquier persona con un poco de sentido común en realidad. Aun así, ella estaba ayudándome ahora para que dejara de sentir dolor.

—Vo... voy a pagarte, Flor, en serio.

—Adrián, mijo... —Apretó mi mano—. Págame yendo a rehabilitación.

Un nudo apareció en mi garganta. Ir a rehabilitación significaba dejar a Daila sola, mucho tiempo, y yo no podía hacerlo. Era mi hija. Además, ¿realmente deseaba estar limpio? Miré los billetes en mi mano, consideré el dolor recorriéndome el cuerpo. Necesitaba drogas. Y quería

tener un futuro con mi hija. ¿Podría tener las dos cosas al mismo tiempo?

Supe de inmediato que no.

—Pe-pero mi chamita... Daila...

Ladeó la cabeza, con una sonrisa triste.

—Yo te la cuido.

—Pero...

—¿Sabes qué pasó con el papá de la Beba?

Negué. Nunca pregunté por él, no era un tema que quisiera tocar, dada mi historia.

—No.

—Sobredosis, cuando ella tenía cuatro años —respondió—. Le dije lo mismo que a ti, pero él no volvió. —Eché un vistazo rápido hacia atrás—. Parece que Nayalí no le importaba tanto. Al otro año, apareció en la morgue.

Respiré hondo. ¿Ella también le había dado dinero a su hijo? ¿Fue una especie de prueba? ¿Lo era para mí?

—Flor, es que...

—¿Quieres a tu hija?

No dudé en asentir. En el poco tiempo que llevaba conmigo, yo había aprendido a amarla. Quizá no llevara mi sangre y la hubiera encontrado en un basurero, pero era mía. Y un padre simplemente no dejaba de amar a su hijo ni lo abandonaba. Sobre todo, no valoraba más a la cocaína, el alcohol o la marihuana.

—Demuéstraselo —dijo—. Anda a rehabilitación, ponte bien y regresa por ella.

Respiré profundo mirado el dinero. Nayalí apareció con la comida. No una, sino tres arepas que me hicieron agua la boca. No había notado que moría de hambre.

En la habitación de Florencia, Daila comenzó a llorar. Este era el momento de decidir.

—¿La vas a cuidar bien mientras no estoy?

Florencia se limpió una lágrima que le recorrió la mejilla.

—Te lo prometo.

Volví a mirar el billete.

—¿Y cuando vuelva, si estoy limpio, podré estar con ella?

—Claro que sí, mijo. Es tu hija.

Apreté la mano, que estaba sudada.

—¿Me vas a acompañar mañana?

De nuevo, asintió.

—Yo te llevo. Es de mi congregación: Puerta del Cielo. Te van a ayudar, mi amor, te lo prometo. Con ayuda de Dios, vas a salir limpio de ahí.

Me tragué un sollozo. Nadie jamás había hecho nada parecido por mí. Todo lo que estuve recibiendo fueron patadas en el culo y desprecio a lo largo de la vida. Esto, no obstante, era tanto hermoso como aterrador. Aun así, acepté devolviéndole sus billetes. Podría soportar, por Daila y por mí.

Ya lo dije: sería el mejor maldito padre, pero limpio. Sobrio. No más una dicto de mierda sin valor.

—¿Puedo quedarme toda la noche?

Florencia me respondió con un abrazo. Y yo lo supe: el destino que me había dado una madre horrible que jamás me quiso, hoy estaba recompensándome con otra y una hija con la que podría empezar de nuevo.

CAPÍTULO 5

La camioneta se detuvo frente a un edificio enorme, pintado de azul y blanco. Inquieto, me removí mirando a Florencia. Ella me ofreció una de sus sonrisas amables mientras me apretaba la mano para animarme. Sí, bueno, yo lo necesitaba en este momento. Y también drogas, pero se supone que estaba ahí para curarme de mi adicción. O algo parecido. Esto no tiene cura, solo puede mantenerse controlado y requiere una enorme fuerza de voluntad. Toneladas enteras, además de amor, apoyo y comprensión. Todo lo que yo *no* tenía.

O no tuve hasta ahora.

Por un minuto, pensé es huir. Está bien, no un minuto: durante todo el camino y también la noche anterior; Florencia no lo permitió. Ella se mantuvo firme, recordándome por qué lo estaba haciendo: Daila. Ella merecía mucho más que un padre adicto, incapaz de cuidarla, y yo ciertamente podía llegar a serlo. Por primera vez en mi vida lo creí y acaricié la idea, aunque mi *otro yo* aún estuviera gritando y golpeando desde adentro para poder salir. Horas atrás casi lo lograba y causó muchos problemas en el intento.

Fue una noche terrible, llena de un intenso dolor, fiebre y alucinaciones, en la que estuve gritando como un poseso y luchando contra dos mujeres indefensas que... resultaron ser más fuertes que yo. Traté de escapar al menos tres veces y Nayalí tuvo que golpearme cinco. Sospecho que no fue del todo necesario y que lo disfrutó más de lo debido, pero oye: estaba en medio de una crisis por abstinencia, ¿yo qué sé?

Con todo, ahora aquí estaba: sudando como un puerco, aterrado y con pensamientos nada coherentes, junto a una mujer que no tenía por qué estar haciendo esto y aun así me apoyaba.

El hombre a mi lado suspiró abriendo la puerta y yo supe que mi nueva vida estaba a punto de comenzar.

—Vamos —dijo.

Miré a Florencia durante varios segundos. Ella asintió, dándome un último apretón de mano y me besó en la mejilla.

—Cuida bien a mi chamita, Flor —rogué—. Cuando vuelva yo te pago todo, te lo juro.

—No te preocupes por nada, solo por curarte.

Respiré hondo. Necesitaba aire. El efecto del sedante o lo que fuera que Flor me inyectó estaba pasando y comenzaba a sentirme incluso más inquieto. ¿Qué tan malo sería arrepentirse a estas alturas? Yo siempre podía intentarlo la próxima semana o mes... o año. De todos modos, ¿quién dijo que un adicto no podía ser un buen padre? Es decir, no es como si fuera un deficiente mental, solo me encontraba un poquito enfermo. Nada grave.

Estaba enloqueciendo nuevamente, por supuesto, y el hombre a mi lado lo notó. Dándome una mirada severa, él hizo la pregunta del millón:

—¿Estás listo?

Vacilé. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero lo sentí como horas. Días enteros. «¡Corre, corre, corre!», mi mente gritó. Realmente consideré hacerlo. ¿Por qué mierda tenía que cambiar por una niña que no tenía que ser importante para mí? No tenía idea, sin embargo, al cerrar los ojos solo pude verla. Daila era la única luz en mi vida y deseaba conservarla. Hey, bueno sí, tal vez fuera un pensamiento egoísta. No me importaba. Quería una familia y para tenerla debía estar limpio y sobrio primero; no un día ni dos, sino siempre.

Toda la maldita vida.

—Sí..., estoy listo. —No lo estaba.

Volví a tomar aire y me moví hacia Florencia. Haría algo a lo que jamás me atreví con mi madre porque ella odiaba que lo hiciera y yo no era demasiado religioso. Dejé de serlo cuando descubrí que estaba solo en el mundo y que si existía alguna fuerza superior, Dios o el Destino, esta se había olvidado de mí. Incliné la cabeza un poco más y dije las palabras mágicas:

—Échame la bendición.

Florencia abrió los ojos, tanto que parecían salirse de sus cuencas, parpadeó y con una sonrisa me besó la frente.

—Dios me lo bendiga.

Sí, que lo hiciera o mi reciente fe se iría al demonio.

—Amén. —Me mordí la cara interna de la mejilla—. Gracias por todo. No dejes que la niña se olvide de mí, enséñale fotos o algo.

Florencia asintió.

—No te preocupes.

Armándome de valor, cogí mi bolso, bajé de la camioneta y caminé sin mirar atrás. No podía hacerlo porque me arrepentiría y yo había jurado sanar. Limpiarme en cuerpo y alma, ser una nueva persona. Entramos al edificio, de inmediato me recibió un hombre que sonreía demasiado para mi gusto. Me recordaba al Joker y eso no era nada bueno. Receloso, me detuve. Si esto era algún tipo de trampa o centro de culto lava-cerebros peligroso, huiría. Extendiéndome la mano, me sonrió incluso más. «¿De qué te ríes güevón^[17]?». Honestamente, ¿qué le parecía tan gracioso? Tomándola, apreté con fuerza, a él pareció dolerle.

—Bienvenido al Centro de Rehabilitación Puerta del Cielo. ¿Cómo te llamas?

¿Qué, pretendía venderme el infierno como un centro vacacional? Buen intento, yo sabía que esto no sería divertido.

—Adrián Ramírez.

—Mucho gusto, yo soy Javier, el encargado de enseñarte el centro y decirte las reglas.

Sí, reglas, mi cosa favorita en todo el mundo. Genial, maravilloso y etcétera. «Deja de quejarte», me regañé. Yo estaba aquí para cambiar, no para seguir siendo el mismo desperdicio humano de siempre. Era por Daila y Florencia.

Por mí.

El otro hombre tomó mi bolso, yo refunfuñé. Javier negó.

—Tranquilo. El hermano Miguel solo va a revisarlo para ver que no trajiste drogas, después lo llevará a tu cuarto.

Asentí. Florencia me había hablado sobre esto.

—Está bien —dije.

Entonces él hizo algo increíble: su horrible sonrisa se amplió. En este punto, parecía tener algún tipo de parálisis facial por *botox*. Era un gesto preocupante y parecía dolerle.

Javier me tomó del brazo, como a un niño pequeño, y dio inicio a nuestro muy agradable recorrido. Durante veinte minutos enteros, tal vez más, él no cerró la boca ni por un segundo. Ni siquiera para respirar. Haciendo comentarios absurdos y chistes sin gracia, él me mostró cada rincón del edificio. Esto hubiera estado bien y hasta me habría reído, de no estar muriendo por abstinencia. Ya sé, un poco exagerado, ¿verdad? Solo déjame ponerlo en contexto: el efecto del sedante había pasado, necesitaba drogas; no había dormido en absoluto la noche anterior y tampoco pude desayunar; estaba cansado, mi cabeza y cuerpo dolían como si los aplastasen y este hombre no hacía silencio.

Era como una maldita máquina parlanchina que estaba preguntándome por qué los gallegos

metían una vaca en la nevera. ¿Qué importancia tenía? Era un chiste antiguo y malísimo. Todo lo que podía desear ahora era ir a mi nueva habitación y lanzarme sobre la cama a pasar el infierno.

—Marico —dije con los dientes apretados—. Muy bueno y todo, pero me duele la cabeza. ¿Ya terminamos?

Javier me miró como si fuera la encarnación de Satanás. ¿Por qué todos hacían eso? ¿Eran los tatuajes de cráneos, dragones y cuerpos mutilados? No se debe juzgar a un libro por su portada, ¿acaso el Señor Sonrisa no lo sabía?

Mal, muy mal.

—*Ehm*, Adri. Aquí no decimos *malas palabras*, ¿entiendes? En el futuro trata de no hacerlo, es una de nuestras reglas.

Y él me llamó «Adri», cosa que nadie hacía por dos motivos: uno, yo molía a golpes al pobre idiota con agallas; y dos, yo molía a golpes al pobre idiota con agallas. En este momento, no obstante, me vi forzado a contenerme. No era una buena idea asesinar a las personas que tratan de ayudarte, ¿verdad?

—Sí, discúlpame esa.

Javier volvió a su faceta de Joker al instante. Yo me froté las sienes. Santo Dios, mi cabeza estaba a punto de hacer explosión. Sería un gran *bum*, seguido de una lluvia de sangre y sesos. Lindo.

—Las reglas son simples: no puedes drogartte ni tomar licor. Estás prohibidas las malas palabras y peleas. —Comenzó a enumerar con los dedos—. El desayuno es a las siete de la mañana, el almuerzo a la una de la tarde y la cena a las siete de la noche. La terapia grupal es a las nueve...

Dejé de escuchar llegados a ese punto. ¿Habría terapia y yo tendría que contarles mis problemas a todos? No, gracias. Aunque si lo pensaba mejor, esto podría ser algo bueno. Después de todo, no era como pensé. Ya sabes: solo paz y amor, canciones y lecturas. En este lugar se tomaban las cosas en serio.

Quizá me serviría.

—¿Estás de acuerdo?

Confirmé con la cabeza. Realmente no presté atención, él no lo sabía.

—¿Puedo hacer llamadas y recibir visitas?

Javier me sonrió de nuevo.

—No estás preso, Adri, claro que puedes. Pero si te traen drogas o licor, tendrás que irte.

Suspiré.

—Flor no haría eso. Es evangélica y esa vai... cosa. —Por otro lado, la Beba sí lo haría solo para joderme.

Él me miró confundido.

—¿Cuál Flor?

Alcé una ceja. ¿Cómo qué «cuál Flor»? La mujer amable que cuidaría de mi hija mientras yo me rehabilitaba, esa Flor. ¿Cómo podría *no* conocerle si iba a la misma iglesia?

—Flores Moreno —respondí—. Mi vecina.

El rostro de Javier pasó de la sorpresa a la alegría absoluta.

—¿La hermana Flor? ¿Ella fue quien te trajo?

Por supuesto, ¿en qué planeta vivía este hombre? Oh, está bien, lo admito: estaba juzgándolo mal, siendo un poco duro, cruel y etcétera; pero yo no pensaba con claridad.

—Sí.

Miré mi reloj, que marcaba las diez treinta. Moría de hambre. Un poco temprano para el

almuerzo y muy tarde para el desayuno, ¿uh? Tenía mucha suerte. Sin embargo, me libré de la terapia grupal de este día.

Eso me gustaba.

—Florecita tiene un gran corazón —dijo guiándome hacia una puerta—. Dios la bendiga.

Sin dudas. Y más que nadie en el mundo, ella se lo merecía. Javier giró la manija, cuando la puerta se abrió me encontré frente a lo que parecía una barbería. Confundido, me volví hacia él.

—Este no es mi cuarto, ¿o sí?

Javier sacudió la cabeza.

—Vamos a cortarte el pelo.

Ah, no. ¿Estaba loco? Esto era todo lo que me quedaba de mi vida como *Sangriento*, el baterista número uno del país y toda Latinoamérica. Mi único recuerdo tangible de los años junto a Asesino Nocturno. El *Hermano Cocó*^[18] no podía hacerme esto. Pero lo haría, pude verlo en sus ojos de psicótico drogado con azúcar.

La mujer que estaba recortando la barba de un interno me dio una mirada comprensiva. Ella era malditamente hermosa: ojos pequeños y marrones, labios carnosos; pechos grandes, caderas anchas y unas piernas... Un bulto se formó en mi pantalón. Ah, mierda, ¿hace cuánto no tenía sexo? No lo sé, pero lo necesitaba con urgencia. Y ella tenía todo lo que a mí me gustaba. Incluso el color dorado de su piel.

Coño. Yo habría acabado ahí mismo de no ser por Javier, que interrumpió mi masturbación mental con una de sus inoportunas risitas.

—Adri, ¿me estás escuchando?

«Ya, cállate mamagüevo^[19]». ¿Cómo no oírlo con esa estridente voz de pito? Sí, otra vez yo estaba siendo cruel con el pobre hombre, en mi defensa repetiré que moría de hambre.

—No, disculpa, ¿qué decías?

Javier respiró hondo.

—Que es un paso necesario para poder rehabilitarte.

Me burlé de sus palabras. Podía irse al infierno con su doble moral, fanatismo estúpido, sonrisa demente y etcétera. Nadie iba a cambiar mi esencia. Jamás.

Sobre todo, no él.

—¿Es obligatorio? ¿También tengo que taparme los tatuajes y esa verga? ¿Qué, me van a despellejar vivo porque no encajo? Por mí, agarren su vaina y se la meten por el culo.

Síp. Muchas *malas palabras* en poco tiempo. No diré nada en mi defensa; quise insultarlos. ¿Por qué? No tengo idea. Quizá se lo merecían o *el otro Adrián* estaba surgiendo como el aterrador hombre verde. Javier abrió la boca, pero fue la chica quien habló:

—No. —Su voz era suave y dulce—. Dios nos ama a todos por igual y no juzgamos tu apariencia. En la congregación hay chamos con el cabello largo, eso no importa, pe...

—Sí, *ah-ha*. Porque yo soy güevón y tal.

Ella me dio una sonrisa amable.

—Nadie dijo eso..., ¿cómo te llamas?

—Adrián —gruñí como un perro.

—Angelí. Te decía: a nadie le importa si estás todo tatuado o tu pelo largo, pero como dijo el hermano Javier: es necesario para tu rehabilitación.

Reí entre dientes, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Ah, sí y por qué?

Angelí se lamió los labios. Mi pene dolió. ¿Por qué era tan malditamente bella?

—Porque ¿cómo piensas superar tus adicciones si no eres capaz de renunciar a algo tan

simple? Piénsalo, no tiene sentido y te engañas a ti mismo.

Ella tenía un buen punto. ¿Yo? Ninguno. Rendido, suspiré. Angelí había ganado esta batalla, no la guerra.

Por algún motivo, no pude creérmelo.

—Está bien, córtamelo —dije—. Pero no me rapas ni tampoco me hagas nada amariconao'^[20], mami. Algo bien.

Asintiendo, ella despidió al hombre al que le estuvo recortando la barba. Él se fue tranquilamente y yo ocupé su lugar. Tomé aire cuando Angelí decidió probar las tijeras en el papel de lija. El sonido estridente erizó cada vello de mi cuerpo. Javier tomó asiento a mi derecha y se dedicó a mirarnos. Angelí movió las tijeras hacia mi nuca y yo apreté los párpados.

Entonces ella cortó.

CAPÍTULO 6

El Centro de Rehabilitación era el infierno. Por un lado, me gustaba, es decir: tener cuatro comidas diarias, actividades recreativas y etcétera; pero por el otro... No podía drogarme y odiaba con toda mi alma las malditas terapias en grupo. Eran espantosas. Déjame ponerlo en contexto: tenía que ir al salón lleno de desconocidos, sentarme en un círculo y contar mis problemas. Todos. Cada uno de ellos. Desde «oh, soy un niño abandonado por su padre y al que su madre odia» hasta «me masturbo cinco veces al día, ¿qué tal?». Algo así. Puede que infantil, un poco estúpido o caprichoso, pero yo realmente no estaba preparado para abrirme con nadie. No me gustaba la sensación de vulnerabilidad que me producía y tampoco las miradas que solía recibir.

Oh, bueno, perdóname. Solo creo que la lástima es un poco-mucho-muy molesta. Sabía que mi situación actual era mi culpa, por completo; no necesitaba a nadie subiéndome el ánimo ni tampoco hundiéndolo en las profundidades de Satanás.

Sin embargo, no podía continuar huyendo. La psicóloga había sido enfática: cooperaba o tendría que marcharme. Al inicio me pareció una maravillosa idea. Podría irme y continuar con mi vida, como siempre: drogas, deudas y alcohol. Deja de lado el sexo, nadie quiere dormir con una exestrella del rock, adicta y en bancarrota. Eso no sucede, quizá solo en las estereotípicas novelas inglesas; no en la vida real. Olvídalo. A mí no me importaba en absoluto, siempre podría hacerme una oh-tan-buena-paja. Así que estuve acariciando la idea durante días, pensando en ella; viéndome en mi miserable situación y... Entonces Daila y Florencia vinieron a mi mente. ¿Quería fallarles? ¿En realidad un poco de cocaína y ron barato eran lo más importante para mí?

Ciertamente, no.

Así que aquí estaba yo: aterrado como la mierda, entre hombres que me miraban curiosos; sudando, temblando y a punto de huir como un niño. No quería esto, hablar sobre mi traumática vida no era una opción. Jamás lo fue. No obstante, tenía que hacerlo. No solo por las personas que creían en mí, sino por mí mismo.

No deseaba continuar siendo un zombi.

Griselda, la psicóloga, me miró en silencio un rato, esperando por mí. No tenía idea de qué me había preguntado, por lo que también me mantuve callado. Ah, genial, esto sería una especie de guerra del silencio o algo así. Y todo por mi culpa.

¿Qué puedo decir? Soy el mejor.

—Adrián—insistió—. ¿Harías el favor de presentarte?

Parpadeé asintiendo. «Aquí vamos», me dije. Tenía una pequeñísima idea de cómo funcionaba: decías tu nombre y problemas, no para que el resto lo supiera sino para aceptarlo en voz alta, ¿y después? Bueno, te ponías a llorar como un marica, lamentándote: «Ay-pobre-de-mí. ¿Por qué todo lo malo en el mundo me sucede? Nadie me ama. Soy un asco». Y un largo etcétera.

Este era mi turno de brillar. Sería toda una *diva*. Freddie Mercury quedaría como un bebé. No me malinterpretes, idolatro al hombre aunque esté muerto. Es mi amor homosexual platónico, pero nadie negará que cuando de *divas* se trata él aún conserva el título.

Tomando aire, abrí la boca.

—Mi nombre es Adrián Ramírez y soy drogadicto —dije—. También alcohólico y quizá un masturbador compulsivo.

Hubo una risa colectiva, yo me relajé al instante. Griselda, sin embargo, negó

desaprobándome. Ah sí, esto de las vulgaridades, dobles sentidos, chistes negros y etcétera. ¿Qué puedo decir? Es difícil dejar de ser quien y como eres en tan poco tiempo.

—Adrián...

—Perdón. Olviden lo último.

Griselda me sonrió. ¿Por qué no me gustaba? La mujer era extrañamente bonita. Mayor para mi gusto, cincuenta más o menos, pero tenía unos pechos increíbles de los que no podía despegar los ojos. En ese momento no llamaban mi atención, sino el gesto en su rostro que gritaba «peligro». Ella estaba tramando algo malo... para mí.

—Bueno, Adrián, cuéntanos sobre ti.

Uh-oh. Quería que les contara sobre mí, cosa que odiaba hacer. ¿Qué mierda les importaba mi vida a ese grupo de imbéciles? Negué, ella entrecerró los ojos. Crucé los brazos sobre mi pecho y volví a tomar aire. «Por Daila», me recordé. Y cedí, tan solo un poco.

—Soy baterista, me gusta el *black metal*, odio el reggaetón. Creo que también soy adicto al Hentai^[21], tengo una colección de tentáculos, Futanari^[22] y vainas raras que...

Griselda se frotó los parpados. ¿Qué? Estaba hablándole sobre mí.

—Adrián...

Gruñí.

—Coño, ¿y si mejor me preguntas? No se me da esta verga de venir a lloriquear como marico, ¿sabes?

Oops. Malas palabras. Malas palabras de nuevo, Javier me haría una visita más tarde.

Griselda gimió.

—Dijiste que eres baterista, ¿estás retirado?

Asentí.

—La banda se fue pa'l carajo por mi culpa —admití—. Después nadie quiso contratarme, por mis problemas.

Uno de los internos me frunció el ceño. Ese era Rafael. Bastante amigable cuando no lo provocabas.

—Yo sabía que te había visto. ¿Eres el de los condones? ¿Cómo era que se llamaba la banda esa?

—Asesino Nocturno —respondí.

Otro, llamado Luis, asintió.

—Sí, esa propaganda era buena. Salías con un poco e' mujeres en pantaletas.

Griselda se aclaró la garganta, sin dudas incómoda por nuestra pequeña charla sobre condones y mujeres semidesnudas.

—Entonces, ¿perdiste todo por tus adicciones?

Por algún motivo, recordarlo dolió. Era cierto y yo no quería perder lo único bueno que tenía en este momento. No más.

Nunca.

—Sí.

Griselda tomó nota.

—¿Cuándo comenzaste a drogarte?

Directa como siempre. Ella no se andaba con rodeos.

—A los dieciocho.

—¿Por qué?

Una buena, muy buena pregunta. Lástima que no tuviera la respuesta. Encogiéndome de hombros, hablé:

—No sé.

Rafael carcajeó alto y fuerte, burlándose de mí.

—Claro que sabes. Todos sabemos por qué.

Quizá, sin embargo, no quería admitirlo frente a un grupo de desconocidos que solo se morían de curiosidad. Griselda pareció notar lo incómodo que estaba, por lo que me hizo otra pregunta:

—¿Cómo definirías tu infancia?

—Normal.

—Normal, ¿cómo?

—Normal —repetí—. Ya sabes: iba a la escuela, jugaba, me portaba mal y mi mamá me caía a coñazos^[23].

—¿Te pegaba seguido?

Asentí.

—Todos los días. Las cholas^[24], cables, la correa mojada con vinagre y sal... A veces me mordía, me jalaba el cabello y me pellizcaba. —Tomé aire para tragar el nudo en mi garganta. ¿Por qué hablaba sobre esto?—... También me lanzaba cosas. Una vez me cortó con una botella y en otra me empujó y rodé por las escaleras.

Guardé silencio y le sonreí. Otro interno, que se llamaba Yonaiker —esto de los nombres originales ne Venezuela... —, silbó.

—Tu mamá estaba loca. La mía por lo menos me pegaba con la chola nada más o a veces me daba coñazos, pero ¿una botella? No jo...

Me reí entre dientes. Él no tenía idea. Nadie, en realidad. Pero yo no siempre fui el niño indefenso: cuando crecí comencé a defenderme de ella. En una oportunidad, incluso, la golpeé. Tenía quince, y terminó mal: conmigo encerrado por tres días. Los peores de mi maldita existencia. El policía con el que ella se acostaba me dejó junto a dos viejos que la pasaron bien gracias a mí. Después, ella apareció para llevarme a casa porque «ya había aprendido mi lección». Por supuesto que lo hice: me volví el peor hijo que una madre hubiera podido desear.

No quería pensar en ello. Lo había enterrado en el fondo de mi memoria, pero estaba volviendo... como la primera vez que me embriagué.

—No te imaginas, marico.

Griselda hizo otra anotación.

—¿Y tu papá?

Me burlé de ella.

—Bien, gracias. Haciendo muchachos y dejándolos botados por ahí. ¿Quieres que lo salude?

Griselda se lamió los labios.

—¿No lo conoces?

Esto era todo. No hablaría más. Dolía abrirse y ser sincero sobre el pasado. Recordar. Yo era una mierda y era mi culpa, punto. Mi padre estaba muerto para mí y lo único que no haría en esta vida sería hablar sobre él.

—No quiero... —Gemí—. Me voy.

Griselda no dijo una palabra, como si entendiera mi dolor, ella hizo un asentimiento con la cabeza y yo salí de la sala de reuniones. Necesitaba algo para aliviar la tristeza, lo que fuera, solo un poco. Pero en el Centro de Rehabilitación no había nada de eso.

Fui hasta mi habitación y cerré la puerta. Me senté en la cama y miré la pared un rato. «Respira, respira...». Traté de hacerlo; no funcionó. Cubriéndome la cara con ambas manos, lloré.

Yo pretendía ser fuerte y divertido. El hombre rudo al que nada le importaba; pero en el fondo... pienso que seguía siendo un niño asustado que deseaba tener una familia funcional. Una madre amorosa y un padre presente, que lo protegiera. ¿Era mucho pedir? Tal vez ahora. Y de todos modos, ya era un adulto, no lo necesitaba. No más. Me encontraba bien por mi cuenta.

Me mentía de la forma más estúpida posible. Ese día más que nunca, igual que a mis quince años, necesitaba a mi padre.

Como de costumbre, él no estaba.

CAPÍTULO 7

Las últimas dos semanas estuve deprimido. No era tristeza ni una crisis por abstinencia; sino completa y absoluta depresión causada por las terapias grupales y las preguntas de Griselda. No sé en qué momento decidí abrirme tanto con ella y el grupo de persona que en ese instante consideraba mis amigos, pero lo hice. Y dolió. En un segundo estábamos tonteando y burlándonos de Javier y al otro... yo estaba llorando como un niño, contando mis secretos más oscuros y dolorosos. Repitiendo el horror de mi infancia y adolescencia.

Resulta que mi disparador principal era el dolor. ¿Quién iba a decirlo? Aunque tenía cierta lógica: bebía y me drogaba para dejar de sentirlo. Lo único que deseaba era dejar de pensar, de recordar cada maldita cosa, y sobre todo alejar la tristeza. También descubrí que llenaba mis vacíos con sexo y pornografía y que me sabotaba a mí mismo enredándome con mujeres tóxicas. Como Gabriela.

Parecía todo un caso perdido, ¿uh? Y llegué a creerlo. Fue todo lo que escuché a lo largo de los años y es difícil dejar de pensar en ti como la peor de las mierdas de un día para otro. Así que en lugar de avanzar, ser un hombre mejor y etcétera, me encerré en mí mismo y dejé de cooperar con la psicóloga. No deseaba sentirme vulnerable de nuevo, llorar ni hablar sobre el pasado. Lo que fuera que me hubiera sucedido, no tenía importancia. Yo estaba bien, perfectamente. Genial.

Mentira. Me estaba muriendo y necesitaba un abrazo con urgencia.

Y esta tarde no era distinto. Mientras estaba en el patio, mirando a mis compañeros de rehabilitación jugar un partido de básquet, alguien tomó asiento a mi lado. No me molesté en voltear, no tenía ánimos para nada de eso. Pero la persona junto a mí se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿No juegas?

Conocía esa voz suave y dulce: Angelí.

Alcé un hombro, todavía sin mirarla. ¿La verdad? Me sentía demasiado patético como para fingir otra cosa.

—No —dije.

—¿Por qué?

—¿Es obligatorio?

—No, pero...

Bufé.

—Ahí está, pues: no es obligatorio, no juego.

Silencio. Oh, bueno, lo admito: me estaba comportando como un completo idiota con ella. Angelí solo trataba de ser amable conmigo, no se lo merecía. Y no tengo nada en mi defensa. Supongo que quería desquitarme y ella llegó en el momento justo para convertirse en mi chivo expiatorio.

Angelí suspiró.

—Griselda me dijo que no estás colaborando.

—¿Y qué verga eres, la policía de la rehabilitación o qué?

Angelí hizo un sonidito agudo, como un grito ahogado. *Síp*, podía ser frustrante cuando me lo proponía.

—No, pero me preocupa que no estés avanzando, ¿quieres hablar?

Respiré hondo y me mantuve callado durante varios minutos. Ella esperó paciente, sin

insistir ni recriminarme nada. Terminé rindiéndome, quizá porque estaba cansado de hundirme en mi propia miseria o porque Angelí tenía algo reconfortante.

No lo sé.

—No me gusta hablar sobre mi papá o mi mamá, ni siquiera mis hermanos —admití—. Me pone triste y odio llorar. Los hombres no lloran, eso es para maricos y yo no soy marico, ¿estamos?

Me giré hacia ella. Angelí me sonrió.

—Ya sé. Pero los hombres también lloran, Adrián, y eso no te vuelve... gay ni nada.

Me burlé.

—Sí, cómo no. *Ah-ha*. Échame una de vaqueros ahora.

Ella hizo rodar los ojos.

—¿Por qué eres tan arisco?

—Aprendí a punta e' coñazos. Muchos coñazos, cortadas, pellizcos y otras vainas.

Como mis maravillosos dos días en prisión, por ejemplo. Angelí asintió, con los ojos entrecerrados, como si realmente me entendiera. Tomó aire y me apretó la mano.

—Todos tenemos un pasado difícil, ¿sabes? Pero podemos superarlo, con ayuda de Dios y nuestros amigos o familia.

Me reí por lo bajo. ¿Qué podría saber la Princesita Aleluya sobre el dolor? Solo había que verla: ropa de monja, sonrisa perfecta... Era como un retrato parlante de la felicidad.

—¿Y tú qué coño sabes?

Se apretó el labio inferior entre los dientes. Yo habría podido besarla, sin embargo, eso me habría traído problemas. Enormes y muchos. Además estaba harto de las mujeres por ahora, no quería otra psicótica egoísta en mi vida, gracias.

—Mi papá es el pastor de la iglesia Puerta del Cielo —dijo—. Antes era borracho, ¿sabes?, y le pegaba mucho a mi mamá y a mí. Era... violento. Pero encontró a Jesús y cambió, después decidió ayudar a otras personas, así que abrió este Centro de Rehabilitación. —Volvió a sonreírme—. Te entiendo, ¿sabes?, sé cómo es tener miedo y sentir dolor.

No supe qué responderle. Estaba en blanco. Angelí esperó varios minutos, y en vista de que no dije nada, ella añadió:

—¿Te gustaría ayudarme en la cocina? Jefferson se fue y no puedo con todo yo sola.

Le fruncí el ceño. ¿Trabajaba en la cocina? Había podido jurar que solo se dedicaba a cortar el cabello.

—¿Cocinas para cien personas tú sola?

—Ciento veinte —respondió—. Con Jefferson y la señora María, pero ella está muy viejita y se cansa.

—¡Verga!

Esta mujer tenía mi respeto.

—¿Me ayudas?

—¿Puedo picotear todo lo que quiera?

Carcajeó.

—Claro. Yo picoteo siempre, sería hipócrita decirte que no.

Fingí pensármelo. Angelí me miró expectante. Ah, mierda, esta mujer era hermosa.

—¿Eso me libra de la terapia?

Negó.

—No, pero sí de la limpieza.

—¿Cuándo empiezo?

Otra vez, ella rio.

—Mañana.

Eso estaba bien. Respiré profundo y solté el aire. Me sentía extrañamente tranquilo, casi feliz. ¿Qué tan extraño podía ser? Como fuera, era bueno tener amigos que no me ofrecían drogas ni me juzgaban por mi pasado o errores; que solo querían hablar o jugar básquet. Este mundo era distinto, a veces aterrador, pero me hacía bien.

Iba a lograrlo.

Angelí se mantuvo a mi lado todo ese tiempo, sin decir otra palabra, solo brindándome su compañía. Esto era todavía más extraño. Jamás estuve con una mujer que no me golpeará, ofreciera drogas o abandonase. Y ni hablar sobre el sexo. No podía mantener mi pene en los pantalones cuando de mujeres se trataba.

—¿Tienes novio?

La pregunta salió de mi boca sin que pudiera detenerla. «Dios, mátame». ¿Qué pasaba conmigo? Yo estaba aquí para rehabilitarme, no para buscar una novia; mucho menos a la virgen hija del pastor.

—Sí. —Me mostró la mano, solo entonces vi el anillo de compromiso—. Vamos a casarnos en dos meses.

Oh, golpe bajo. Duro, muy duro. La princesa tenía príncipe. Fingí indiferencia.

—Felicidades.

—Gracias... —Apretó los labios un momento—. La hermana Flor me dijo que tienes una hija.

Asentí buscando la fotografía que Florencia me había traído en su última visita, junto con algunos productos y libros.

—Daila. —Se la mostré—. Estoy aquí por ella. No quiero que mi chamita sufra ni nada. Y por Flor.

Angelí la tomó y comenzó a compararnos en silencio. Ah, sí, lo parecidos que éramos. Creo que lo único que compartíamos era el color de ojos: marrones, casi negros, por lo demás... Daila era de piel oscura, chocolate, mientras que yo podía pasar fácilmente por un fantasma con hepatitis. Ella tenía el cabello rizado y negro, yo liso, aunque del mismo color.

—Es muy linda. No se parece a ti.

Claro que no. Y jamás lo haría.

—Sí, bueno..., se parece a la mamá.

Eso pareció convencerla.

—Ah... —Se levantó y sacudió la falda—. Bueno, tengo que irme. ¿Te veo mañana en la cocina?

—Sí.

Ella vació un momento antes de tomarme la mano nuevamente.

—¿Vas a colaborar con Griselda? Es por tu bien.

Confirmé con la cabeza. Tenía que dejar de ser estúpido.

—Está bien.

Me besó en la mejilla.

—Chao —dijo. Y se fue corriendo.

Mi conversación con Angelí me mantuvo animado el resto del día. La semana. Supongo que necesitaba oír lo que ya sabía: no soy el único con problemas y una familia disfuncional. Recordarlo me dio un poco de fuerzas. Por lo que me dediqué a ser más sociable: jugaba con mis compañeros, sacaba a mi niño interior durante las terapias grupales; ayudaba en la cocina y el

comedor. Incluso comencé a ejercitarme de nuevo, cuando tenía tiempo para mí mismo, y leía durante dos horas. Además de llamar a Florencia por las tardes, desde el teléfono de Angelí, y escuchar la risa de Daila. Eso era lo mejor de todo: ella balbuceaba cosas y yo solo podía pensar que cuando saliera tendríamos una buena vida juntos. Los dos.

Como una familia.

Poco a poco, la necesidad de drogarme o beber alcohol hasta quedar hecho mierda se fue desvaneciendo. No quiero decir que no lo necesitara, sin embargo, aprendía a controlarlo. Conocía mis disparadores, vacíos y debilidades. Y tenía un modo de combatir cada uno. También, el pobre concepto que tenía de mí mismo fue cambiando lentamente. Ya no era la porquería que nadie quería ni siquiera pisar; sino un hombre que tomó malas decisiones y lo enmendaba.

Adrián David Ramírez estaba resurgiendo de sus propias cenizas.

De ese modo se fueron las semanas, hasta convertirse en un nuevo mes internado en el Centro de Rehabilitación, que ya no odiaba. Cuando llegó el día de visita, me sentía realmente nervioso. Florencia no había podido venir a verme en dos oportunidades, pero la tarde anterior cuando la llamé me había jurado que estaría conmigo. No me malinterpretes, no le reprochaba nada en absoluto, habría sido desconsiderado de mi parte. La entendía. Es solo que necesitaba verla.

Quería abrazarla fuerte y decirle... Oh, mierda, había tantas cosas que quería contarle.

Cuando la hora llegó, ella estaba esperándome. Con un bolso lleno de ropa y productos de higiene, además de una pequeña caja de cartón llena de galletas caseras, ella me regaló una sonrisa. Al ser miembro de la congregación, Florencia no tenía por qué limitarse con nada. Para ella no existían las revisiones, porque sería incapaz de traerme drogas o armas.

Corrí, en realidad lo hice, hacia ella y la abracé fuertemente. Florencia me palmeó la espalda con suavidad y me besó en el cuello.

—La bendición —dije mientras nos sentábamos.

Ella asintió.

—Dios me lo bendiga. ¿Cómo estás, mijo?

Esa era una gran pregunta y por primera vez tenía una respuesta positiva:

—Bien, ¿y tú, cómo has estado? ¿Y la Beba?

Florencia suspiró.

—Ay, mijo, echando broma como siempre. Esa niña no se cansa, un día de estos me va a matar.

—Ahora, ¿qué hizo?

—Se tatuó. —Como alcé una ceja, ella se apresuró a aclarar—. Tú sabes que no tengo nada en contra, pero... —Resopló—... se tatuó «Chica Fácil» casi que en las nalgas y ahora se pone unos pantalones que... Ay, Jesús bendito, dame fuerzas.

Sí, eso me sonaba a Nayalí. Apreté la mano de Florencia para consolarla. Me sentía culpable por un momento. Ella tenía tantos problemas y yo le daba otros dos, más grandes, inmensos. ¿Por qué lo hacía?

—Pero —continuó— al menos Daila no me está sacando canas verdes.

La sola mención de mi hija me despertó. Quería verla, abrazarla también. No podía. Era muy pequeña para entrar al Centro de Rehabilitación. Y aunque no era una cárcel, funcionaba como si lo fuera. O peor. Estaba bien, sin embargo, nos impulsaba a querer sanar para estar junto a nuestras familias pronto.

—¿Cómo está mi chamita?

Después de tanto tiempo, seguramente ya no me recordaba. Florencia buscó en su bolso

otras fotografías. Al verlas, las lágrimas me picaron los ojos. Le estaban saliendo los dientes. ¿Qué, eso no era a los dos años? Bueno, honestamente, no tenía idea de cuántos meses podría tener, ¿cuatro, a lo mejor?

Como fuera, tomé aire para no llorar.

—Está grandota. —Mi voz salió quebrada—. Coño..., como que se estiró.

Florencia se rio.

—Sí, los niños hacen eso.

—¿Y se porta bien? ¿Se ha enfermado o algo?

—Sí, bien. —Hizo una pausa corta—. Le ha dado fiebre y le pican las encías, pero no te preocupes, es por los dientes.

Suspiré aliviado. Tener a Florencia era la mejor cosa del mundo. Amaba a esta mujer. Ella no solo hacía esto por Daila, sino que pagaba las cuentas del agua y la electricidad de mi apartamento para que no me quitaran los servicios. Era como un ángel.

Mi propio ángel guardián.

—Gracias, Flor. Cuando salga y consiga trabajo, voy a pagarte todo. —Y lo haría. Ya no iba a gastármelo en drogas—. Te lo juro.

Meneó la mano, quitándole importancia.

—Ya sé. No te preocupes. Tú sigue curándote y no te preocupes por nada. Me habría gustado poder ayudar a mi hijo.

Miré el reloj. Nuestra hora se había acabado. Ella se levantó y me dio un último beso en la mejilla, antes de tomar sus cosas. La detuve.

—Flor...

—Dime.

Dudé. Quería hacerlo, lo necesitaba, pero tenía miedo de ser rechazado. Amarilis lo había hecho desde siempre, ¿por qué Florencia sería diferente? Ella no tenía ninguna obligación conmigo, no tenía por qué acceder a esto.

—¿Puedo decirte «mamá»?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Antes de que pudiera reaccionar, estaba rodeándome con sus brazos.

—Claro que sí.

Y lo hizo: Florencia Moreno aceptó ser mi madre.

CAPÍTULO 8

Me miré al espejo incrédulo. La persona en el cristal se parecía y al mismo tiempo era tan distinta a mí que me inquietaba. Pero los tatuajes no mentían, este era yo: Adrián Ramírez. Mi cabello había comenzado a crecer nuevamente, ya me llegaba hasta las clavículas, y había subido de peso. Cinco o diez kilos, quizá. No lo sé. Y honestamente, nunca antes me había fijado en lo delgado que me encontraba cuando llegué al Centro de Rehabilitación. Yo creí estar bien, en perfectas condiciones; sin embargo, el verme sin ojeras, ninguna vena sobresaliente ni ese color cenizoso en la piel, me hizo darme cuenta del peligro que corrí en el pasado. De no ser por Daila y la enorme casualidad de haberla encontrado en el basurero; de no ser por Flor y su apoyo, yo habría podido morir.

Tomé aire, recogíendome el cabello y exhalé suavemente. Estaba nervioso. Mucho. Hoy, luego de seis meses, me iría a casa. Había sido un largo camino, lleno de altibajos y crisis emocionales, pero lo logré.

Durante todo este tiempo varios de mis compañeros desertaron, entre ellos Rafael, quien murió de una sobredosis el mes anterior. La noticia nos golpeó duro y al mismo tiempo nos animó a esforzarnos cada día más para no recaer. Otros, sin embargo, ya estaban en sus hogares, con sus familias, trabajando y siendo ciudadanos ejemplares. Este era mi turno.

Tomé mi bolso y recorrí el dormitorio con la mirada. ¿Por qué estaba tan malditamente asustado? Estuve deseando este momento tantas veces, soñé con él incluso, y ahora que lo tenía... «Vamos», me animé. Y di el primer paso hacia la puerta. Uno, dos, tres... No me detuve hasta llegar a la salida, donde Miguel y el resto de las personas esperaban por mí. No me gustaban las despedidas, aunque tenía que hacer esto ahora.

El gran paso final.

Angelí y su esposo se me acercaron. Él no me agradaba: demasiado formal con esos trajes acartonados. Parecía un pingüino con parálisis facial. Con todo, agradecí su amabilidad con un apretón de manos. A ella le abracé durante varios minutos, fuerte. Angelí había sido mi mejor amiga en este lugar, ya sabes: de esas que te dan sermones cuando haces mal las cosas y también te animan cuando te sientes como un pedazo de mierda sin valor. Nuestro tiempo en la cocina fue de los mejores. En realidad nunca pensé tener una relación con alguna mujer que no fuera sexual. Es decir, mi pene tenía cerebro propio y reaccionaban ante un buen par de pechos, como los suyos; pero Angelí me enseñó otro modo de hacerlo.

Un poco cursi, dramático, estúpido y etcétera. Me gustaba cómo se sentía.

Mierda. Me gustaban cosas que antes me causaron asco o risa. La rehabilitación te cambia, ¿qué puedo decir? Aleluya.

—Espero no volver a verte por aquí —dijo alejándose.

Alcé una ceja.

—Coño, eso fue cruel. Mi corazón, ¿lo oyes? Tú lo rompiste.

Ella carcajeó, limpiándose las lágrimas y el maquillaje.

—No seas bobo^[25], sabes lo que quiero decir. ¿Vas a portarte bien?

—Te lo prometo.

Ella asintió con la cabeza y regresó al lado de su marido, yo me despedí de cada uno y fui con Miguel hacia la camioneta. Antes de que él pusiera el motor en marcha, miré de nuevo el Centro de Rehabilitación. No regresaría, no al menos como un adicto.

Jamás.

El camino de regreso fue silencioso. Miguel no hablaba demasiado y yo, ciertamente, no tenía ganas de hacerlo. Todo cuando rondaba mi cabeza eran Florencia y Daila, nadie más. Ninguna otra cosa. Quería verlas, lo necesitaba. Pero los minutos parecían pasar despacio y la autopista extenderse más y más.

Estuvimos de regreso en Caracas después de las cuatro de la tarde. Miguel me dejó frente al edificio y se fue sin despedirse. Yo me dirigí al elevador. No sabía cómo iba a hacer esto. Estaba jodidamente nervioso y asustado. ¿Con qué iba a encontrarme? Quizá debí haber llamado a Florencia para avisarle, pero pensé que sería una buena idea darle una sorpresa.

Ya no me lo parecía tanto.

Abandoné del elevador y caminé hacia su puerta. Martha, como de costumbre, se asomó por la ventana. Me limité a sonreírle y ella salió al pasillo. Supongo que quería cerciorarse de que sus ojos no le estaban engañando. Era yo, rehabilitado.

Me detuve frente al apartamento de Florencia y me limpié el sudor de las manos en mis pantalones. «Hazlo». Hundí mi dedo en el timbre y esperé. Ella abrió luego de un rato. Sus pequeños ojos se ampliaron mientras soltaba la taza de café humeante que sostenía. En líquido se derramó a sus pies, ella ni siquiera lo notó, estaba concentrada viéndome como si yo fuera irreal.

—Hola —dije y le sonreí.

Florencia me abrazó fuerte, llorando, y yo tuve que dejar mi bolso en el suelo. Noté que Martha continuaba espionando, no me importó. Ella podía irse al infierno y atormentar a Satanás. Lo único que yo quería y necesitaba seguía sosteniéndome entre sus brazos.

—Bendición, mamá.

Florencia retrocedió un par de pasos, limpiándose las lágrimas.

—Dios te bendiga, mijo —respondió—. Me hubieras avisado pa' ir a buscarte.

Negué.

—Quería darte la sorpresa.

A pesar de que nos habíamos visto dos semanas atrás, este era un encuentro emotivo. Ella se hizo a un lado, dándome espacio para entrar. De nuevo me recibieron las máscaras antiguas de porcelana. Intenté no prestarles atención, debían de estar poseídas o algo. Podía sentir sus ojos huecos mirándome, siguiendo cada uno de mis movimientos.

Me paralicé, todos mis pensamientos se esfumaron tan pronto como vi a mi hija. Daila se encontraba en el suelo y rodeada de cojines, jugando con un oso de peluche. Sin esperar, fui hacia ella y la levanté en brazos. Durante un larguísimo minuto, Daila me miró con esos grandes ojos oscuros, como si tratara de reconocerme. Creí que lloraría queriendo ir con Florencia, esperé que lo hiciera, no sucedió. En su lugar, Daila llevó sus pequeñas manos a mi cabeza, buscando el resto de mi cabello.

Ella me recordaba, de algún modo, y eso me derrumbó.

La besé en la frente antes de apretarla contra mi pecho. Por este momento me había levantado cada mañana en el Centro de Rehabilitación, y luché contra mis demonios. Por ella.

—Dichosos los ojos.

Nayalí, se encontraba en el marco de la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho. Como de costumbre, tenía unos pantaloncillos cortos y ajustados. Me fijé en el tatuaje debajo de su ombligo: un camino de estrellas que podía imaginar a dónde llegaba.

Ella y Rocío eran jodidamente parecidas, y eso de algún modo me causaba temor.

—Sí, gracias por irme a visitar —respondí.

Nayalí se burló.

—Llora, pues.

Rodé los ojos. Ah, tanta amabilidad de su parte. Nayalí era una dama. Toda delicadeza, educación, compañerismo y etcétera. Había extrañado nuestras absurdas discusiones.

—¿Qué más?

Ella alzó un hombro.

—Ladillada^[26].

Reí por lo bajo, entregándole mi hija a Florencia, y la abracé. La Beba y yo nunca seríamos los mejores amigos, pero eso no significaba que no la quisiera... un poco. Ella deslizó las manos por mi espalda y brazos, después se alejó y me miró con sorpresa y algo más que no entendí mientras se mordía la uña del dedo pulgar. ¿Estaba coqueteándome, ella, a mí?

—Te pusiste como bueno, marico. Ya no te ves feo y desnutrido ni nada. Estás todo durito. Yo sí te doy^[27].

Alcé una ceja.

—¿Qué, me la vas a donar^[28]?

Ella me imitó.

—Si tú *quieres*.

—Dale, pues, cuando tú digas.

—Ahorita, papi...

Y nos reímos. Un poco extraño, lo sé. Nayalí y yo teníamos nuestra rutina de la locura, cuando no discutíamos claro. Siendo sincero, necesitaba esto, ahora.

Florencia negó, mirándonos con reproche, y yo me disculpé. Ahora entendía un poco más sus creencias, después de seis meses en un centro de Rehabilitación cristiano cualquiera lo haría, y lo incómodo que le resultaba tener que oírnos tontear.

Devolviéndome a Daila, ella me acarició la mejilla.

—¿Ya comiste, mijo? ¿Quieres una arepita o un pancito con mantequilla y queso?

Había desayunado antes de abandonar el Centro de Rehabilitación, pero comería cualquier cosa que Florencia me ofreciera, incluso si no estaba hambriento. Para su fortuna, lo estaba.

Mi estómago no conocía límites.

—Pancito está bien, mamá, gracias —dije sentándome con mi hija en las piernas. Las moví para balancearla.

Nayalí me frunció el ceño.

—¿Cómo que «mamá»? —Se llevó las manos a las caderas—. Ella es mía, no tuya.

Levanté la comisura del labio, en una sonrisa burlona.

—No. También es mía, acostúmbrate.

—¡Abuela!

Florencia rio, palmeándola en el hombro.

—No seas egoísta, Beba.

Nayalí negó.

—Pero tú eres mi abuela. Mía. No su mamá. Él ya tiene una: la vieja' el coño esa.

—Beba...

Nayalí apretó los labios y se volvió hacia mí, con su dedo acusador en alto.

—Esto no se queda así.

—Ya, deja el drama —contesté—. Esa vaina de tus novelas chinas te está volviendo loca.

Cuando me di cuenta de mi error, era demasiado tarde. Lección número uno: jamás le digas chinos a los coreanos o japoneses delante de alguien que conoce la diferencia. Nunca. Por tu salud mental. Nayalí abrió los ojos, como si fueran a salirse de sus cuencas, y su rostro se fue

coloreando de un rojo que me habría preocupado de no saber lo que vendría: el infierno.

Satanás y su legión de demonios ensartándome sus tridentes hubiera estado mejor. Esto, en cambio...

—No son novelas chinas, cabeza e' güevo^[29], sino Doramas. Do-ra-mas. ¿Sí captas? Los chinos y los coreanos no se parecen en nada. Para empezar, los chinos...

Dejé de oírla cuando Daila me sonrió. ¿Cómo mierda llegué a enamorarme de esta niña en tan poco tiempo? No necesitaba llevar mi sangre para ser mía, lo sentía así en mi interior. Y le amaba. ¿Era eso normal, le sucedía a todo el mundo? ¿Sería porque era un bebé? ¿Yo dejaría de quererla una vez que hubiera crecido? Al pensar en ello, descubrí que eso no me sucedería. Jamás dejaría de amarle, aunque cometiera los mismos errores que yo.

Uno simplemente no deja de amar a los hijos, lleven tus genes o no, porque son imperfectos.

Daila me tendría siempre. Hiciera bien o mal, sería mi hija y yo su padre. Le apoyaría hasta el final. Y si por alguna razón caía, le ayudaría a levantarse. Como Florencia hizo conmigo.

De eso se trataba.

La besé en la nariz y ella rio. De inmediato los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Te quiero, chamita —murmuré, soltándome el cabello.

Daila se aferró a él de inmediato y jaló dando pequeños saltos sentada en mis piernas. Nayalí se aclaró la garganta, no le hice caso. Que hablase todo lo que quisiera, mi atención estaba puesta en mi Daila.

Llamaron a la puerta, de mala gana Nayalí abrió. Toda mi alegría se fue al encontrarme con Martha de pie, viéndome con curiosidad. «Hola, bruja». Sabía por qué estaba aquí: quería ser la primera en enterarse del nuevo y muy jugoso chisme de edificio. O inventarlo. Lo que fuera.

—¿Qué quieres?

Nayalí, que la despreciaba tanto como yo, la miró con desdén. Martha no pareció darse cuenta.

—¿Está tu abuela?

—Sí, pero está ocupada. Chao.

Cuando iba a cerrar la puerta, Martha ingresó sin invitación y se plantó delante de mí. *Uh-oh*, esto se pondría feo.

—Adrián, hola. ¿Cómo estás?

Ah, la hipocresía. La echaba de menos.

—Bien, ¿y tú?

Florencia regresó con mi comida. En cuanto vio a Martha, se puso nerviosa por completo. Sí, la entendía: ella era de temer. Cualquier cosa que dijéramos la exageraría. Tomé un trozo de pan y me lo llevé a la boca. Estaba delicioso. Florencia le había puesto carne. Mi nueva madre era genial: ella siempre te ofrecía algo sencillo, aunque terminaba haciendo cosas mil veces mejores.

—Vecina. —Tomó asiento a mi lado—. ¿Se le ofrece algo? Siéntese, por favor. —Miró a Nayalí—. Beba, tráele algo de tomar a la vecina.

Nayalí me dio una sonrisa torcida mientras se pasaba el pulgar por el cuello, simulando un corte, y se retiró a la cocina. Conociéndola, seguro escupiría en lo que fuera que le trajera a Martha. Eso si es que no decidía ir un poco más lejos y ponerle laxante.

Martha se sentó en la mecedora frente a nosotros y puso toda su atención en Daila. ¿Por qué me daba miedo? Tragué duro, sujetando más fuerte a mi hija.

—Tiempo sin verte —me dijo—. Como seis meses.

Encogí un hombro.

—Estuve ocupado.

Ella me dio una sonrisa torcida, más bien burlona.

—Sí. Estuviste preso, me dijeron.

Y más o menos, ¿quién coño pudo habérselo dicho? Existía una gran diferencia entre la cárcel y la rehabilitación. La más grande de ellas: no cometí un crimen, ¿acaso se olvidó de ese minúsculo detalle? Florencia apretó las manos y la miró enojada. Nunca antes vi esa expresión en ella.

—No, estaba rehabilitándome.

Martha abrió la boca.

—¿Y dejaste sola a esa niña tan chiquita?

Negué.

—La dejé con mi mamá Flor. —Mecí a Daila, que comenzaba a inquietarse—, ¿por qué?

—No, por nada. Creí que estabas preso, todos en el edificio lo pensábamos, pero...

Florencia resopló.

—Vecina, discúlpeme. Adrián está cansado y quiere estar con su hija.

Martha asintió, fingiendo una sonrisa. Se levantó y fue hacia la puerta en el mismo instante en que Nayalí regresaba con su bebida.

—Hablamos después, Flor.

—Sí. Dios te bendiga.

Martha no contestó nada en absoluto. Abrió la puerta y se fue. Nayalí gimió entre dientes y regresó a la cocina.

Florencia se giró hacia mí.

—Ay, mijo, disculpa. Martha... —Tomó aire—. Dios tenga misericordia de ella. Nadie piensa que estabas preso. Cuando me preguntaban, dije que estabas curándote de una enfermedad grave.

Y ella no mintió. Le resté importancia. ¿La verdad? No me preocupaba la opinión de las demás personas.

El resto del día pasó entre conversaciones, risas y consejos por parte de Florencia sobre cómo cuidar a Daila. Lo que le gustaba y lo que no, cómo dormirla, bañarla y alimentarla a estas alturas. Increíble el modo en que las cosas cambiaban en unos pocos meses. Debo aceptar que me sentía nervioso y al mismo tiempo animado.

Pude rehabilitarme, ¿cierto? También sería capaz de criar a mi hija.

Cuando llegó la noche Daila y yo regresamos a nuestro apartamento. Como en el pasado, la oscuridad me recibió. No le di importancia. Hoy no me afectaba. No necesitaba drogas o alcohol para alejar el dolor y el miedo. No necesitaría de eso nunca más.

Estaba en casa.

CAPÍTULO 9

El mes pasó relativamente rápido. Luego de volver del Centro de Rehabilitación, conseguí empleo en una tienda departamental. ¿Quién lo hubiera dicho? Antes lo atribuí a los tatuajes y *piercings*, sin embargo, terminé descubriendo que mis fracasos se debían a que a todo el mundo le parecía evidente que yo era un adicto. Ahora no lo era y tampoco lo parecía, asumo que eso animó a la encargada a contratarme. Y nuestro pequeño e inocente coqueteo. Bueno, también tuve un poco de ayuda por parte de Angelí, que hizo una carta de recomendación en la que hablaba maravillas. Responsable, trabajador, servicial. Esos fueron algunos de los adjetivos que utilizó.

Mi rutina era simple: madrugaba, para dejar a Daila con Florencia, me despedía de ellas y Nayalí —cuando estaba en casa— y corría al trabajo. Volvía por la tarde, tomaba a mi hija de vuelta y pasábamos algunas horas jugando. Cenábamos juntos, viendo alguna mierda melosa-insoportable-aborrecible de *Disney Junior* o *Cartoon Network* y después nos íbamos a la cama. Así, cada día, se repetía el ciclo. Como había podido negociar para tener los fines de semana libres, los sábados me dedicaba a dar clases de batería y los domingos llevaba a Daila al parque para que conociera a otros niños.

Me hice bastante popular entre las madres. ¿Quién hubiera dicho que ser padre soltero te convertía en un imán para las mujeres sensibles y necesitadas? Antes habría cedido, llevándome a una o dos a la cama, al mismo tiempo si querían, ahora no. Oh, está bien, continuaba teniendo necesidades. No era un super monje célibe. Es solo que no estaba preparado para enredarme con nadie y quería dedicarle todo mi tiempo a Daila. Además, no deseaba recaer. Me había tomado demasiado tiempo lejos rehabilitarme, no iba sucumbir. El sexo estaba descartado.

Siempre podía hacerme una paja... o dos. Tres, cuatro, cinco..., cien. Destrozar mi maldita muñeca. ¿Qué importancia tenía?

El problema es que mientras más te resistes, más codiciable te vuelves. El fruto prohibido, la jodida manzana. Y a estas alturas, yo tenía mi propio club de fanáticas... de vuelta. Ya no como Sangriento, sino como Adrián Ramírez: el padre soltero con el que las madres solteras y casadas querían follar salvajemente y sin descanso. No es que no me sintiera halagado. Antes habría vendido mi alma por tener tantas vaginas juntas, a mi disposición, unas diez al menos. Pero a veces resultaba un poco aterrador encontrarme con notas explícitas en la ropa de Daila. ¿Quién mierda escribe «cógeme. Mi número es...» y lo deja en el pañal de un bebé? Perturbador, ¿verdad? Aterrorizante, enfermo y etcétera.

Por otro lado, no me molestaban las galletas, los flanes y los dulces. Mi estómago estaba feliz.

Este domingo, sin embargo, era distinto. Después de tanto tiempo con ella, Daila aún no era mía... oficialmente. Y eso me traería problemas en el futuro. Sobre todo cuando ya no pudiera inventar excusas a la hora de llevarla para que la vacunasen. Ella necesitaba documentos, algo que dijera que yo era su padre. Cualquier cosa. Para mi fortuna conocía a alguien que me ayudaría, no de forma gratuita por supuesto, pero ¿desde cuándo no se paga por lo que vale la pena? Ya sea con dinero, sudor, lágrimas o sangre. Y este era mi turno.

Como Florencia no quería aceptar la mayor parte de mi primer sueldo, como pago por todo lo que hizo, decidí comprar para ella el mercado del próximo mes y utilizar el resto en mi pequeña aventura ilegal. Por supuesto, esto no iba a ser suficiente y tendría que endeudarme otra vez hasta el culo. Pero por Daila yo habría vendido mis órganos... de no necesitarlos para vivir.

Por lo que aquí estaba, en el mismo parque de siempre, con mi hija en brazos, manteniendo una conversación con el abogado del diablo. Una que se resumía en: «¿Cuánto hay pa' eso?», «No es fácil, marico, me puedo meter en un peo^[30]» y «Nada más porque eres pana^[31]».

—¿Por lo menos sabes cuándo nació?

Resoplé, dándole una mirada que cuestionaba su destreza mental.

—¿Qué parte de «me la encontré en un basurero» no entendiste? Coño, marico, definitivamente...

Óscar gimió por lo bajo.

—¿Cuándo?

—En febrero, el diez. Y ya se veía como de dos meses.

—Verga. ¿Sabes lo arrechó^[32] que es? Prácticamente tengo que buscar debajo de las piedras.

Sí, me estaba haciendo una idea. Pero no desistiría. Daila iba a quedarse conmigo, aunque tuviera que falsificar documentos.

—¿A cuántas mujeres que parieron entre noviembre y diciembre se les perdió o murió el chamito, dos millones?

Fue su turno para mirarme como a un retrasado mental.

—¿En Caracas? No creo. Pero en todo el país... No, güevón, ¿tú qué piensas? —Respiró profundo—. Supongamos que soy brujo y consigo a la tipa, ¿qué vas a hacer?

Una buena pregunta. Estuve pensando en ello todos esos días.

—¿Tú qué crees? Pedirle que me entregue a mi chamita, con peleles y todo.

Óscar se burló.

—¿Y si no parió en un hospital, sino en el campo o en su casa? ¿Qué vas a hacer? —Se golpeó suavemente la cabeza—. Úsala, es gratis.

Hice rodar los ojos.

—Entonces me ayudas con una partida de nacimiento falsa o una verga de esas. No sé.

Óscar se frotó los párpados.

—¿Y por qué no empezamos por ahí? Coño, marico, hay que ver...

—Porque quiero hacer las vainas bien, viejo —interrumpí—. Si no me queda de otra, hacemos eso, ¿ya?

Suspiró mirando a Daila.

—La verdad es que sí, está bien bonita. —Le hizo cosquillas en la nariz, ella rio—. Bueno, déjame ver qué consigo y estamos hablando.

Asentí.

—Gracias. Yo te tengo tu plata^[33], seguro.

—Dale, pues. —Se levantó—. Cuídate.

—Sí.

Óscar se fue y yo me quedé mirando el paisaje. Honestamente, a primera vista parecía un hombre común, honrado; pero el hijo de puta era ilegal hasta los huesos. Documentos falsos, lavado de dinero, tráfico, asesinato... Lo que necesitaras, él lo haría. Pero tenías que asegurarte de pagarle, si querías seguir respirando. Para mi fortuna, nos criamos juntos. Así que su tarifa fue asequible, en comparación con lo habitual. Si hasta me permitió pagarle en giros.

Dios bendijera su alma noble.

Una de las madres que, tenía a un niño como de dos años en un coche, se movió hasta quedar a mi lado y me miró al menos durante un minuto, sin decir nada. Silencio pacífico y agradable, aún dentro del bullicio de los niños al jugar. Por un instante, imaginé a Daila dentro de

unos años. Ella sería realmente hermosa, considerando que ya lo era. Faltaba mucho para eso, sin embargo, hacer planear a largo plazo me mantenía cuerdo. Me daba algo por lo que vivir.

Daila se asió a mi camisa y jaló, sacándome de mis fantasías. Sonriéndole, comencé a mecerla. Me gustaba ser padre, ¿eso era normal? No entendía por qué había tantas quejas con respecto a esto, si era... increíble. La mejor mierda del mundo. Tener a alguien a quien proteger y amar, que te miraba con inocencia y solo...

¿Dónde dejé los violines? Estaba teniendo un momento cursi.

La mujer, a quien le calculé menos de veinte, decidió iniciar una conversación:

—Siempre te veo por aquí, tú solo, ¿y su mamá?

Ese «siempre» hacía referencia a cuatro domingos, nada más. Encogí un hombro, despreocupado.

—La abandonó.

La dolorosa verdad, que me era imposible de encubrir. ¿Cómo decirle esto a Daila cuando estuviera lista? Yo sabía bien lo que era el abandono y no se sentía nada bonito. Siempre estabas culpándote y deseando morirte, no quería eso para ella. Tendría que buscarle ayuda psicológica cuando el momento llegase.

—Ay, disculpa...

—No importa, ya lo superamos.

Ella pasó la mirada hacia mi hija y le acarició los cabellos.

—Es bien bonita, ¿cómo se llama?

—Daila, ¿y el tuyo?

—Yerdelson —dijo con orgullo, casi como si se tratara de una bendición—. El de tu hija es muy bonito, ¿por quién se lo pusiste?

«Ay, coño. Pobre niño». Con un nombre como ese, yo me habría suicidado. Fingí una sonrisa comprensiva.

—Por nadie. Es latín.

—Ah, eso que hablan los curas, ¿no?

—Sí.

Ella abrió la boca, asombrada. Luego la cerró y parpadeó varias veces.

—Es bien raro ver a un hombre solo, con un bebé —dijo—. Ustedes como que le tiene miedo o algo. Les gusta meterlo, hacer el muchacho y después una no los vuelve a ver. —Me miró como si me estuviera acusando—. Las mujeres no dejamos a los hijos por ahí, botados. Somos *luchonas*. Algo tienen que hacernos primero y además...

Dejé de oírla. Puede que ella tuviera un buen punto ahí, pero yo tenía uno mejor: no solo los hombres hacían daño. No solo nosotros, por tener pene, éramos irresponsables, violentos, violadores y etcétera. Toda la mierda del universo. Quizá un grupo, no obstante, también estábamos los que hubiéramos dado lo que fuera por amor. Puro y verdadero. Y sí, aunque pareciera difícil de creer, existían mujeres crueles y perversas. Brujas capaces de abandonar a sus hijos, como la madre de Daila; golpearlos hasta dejarlos en un charco de su propia sangre, como Amarilis. Otras, usaban su cuerpo y belleza como arma de castigo, como Gabriela. Y así, yo podía seguir enumerando.

La maldad está en los genes de las personas. Hombres y mujeres, todos podemos ser unos bastardos enfermos y egoístas. Asesinos, abusadores, sádicos, psicópatas... Todos. Y sectorizarlo, convertirlo en una lucha de sexo y poder solo lo empeora.

Pero yo no perdería mi tiempo explicándoselo a alguien que evidentemente me juzgaba por tener un pene. ¿Qué puedo decir? Mi masoquismo no llegaba hasta ese límite.

Me decidí por una respuesta menos polémica. O eso imaginé:

—Díselo a la mamá de mi chamita.

Ella se movió un poco más. Quedamos frente a frente. Sus ojos se entrecerraron sobre mí y yo pude ver a Amarilis en ese gesto. «Coño, no». *Welcome to hell*. Ella iba a descargarse sobre mí.

—Pues algo debiste de hacerle. *Una* no se va así como así.

Negué. «No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas...». Ah, santa mierda, lo hice:

—Ya, cállate, coño. ¿Quién te mandó a no ponerle el gorrito al pajúo ese, yo? Si te preñaron, te dejaron botada y te amargaste, es peo tuyo; no mío.

Oops. Fui algo cruel, supongo. Ella me miró como si me hubieran salido un par de cuernos. Sí, yo era el demonio, qué horror. Y no me disculparía por lo que dije. Ella quiso jugar al sexismo, este era el resultado.

—¡No eres nadie para juzgarme!

Me burlé.

—Ni tú a mí. —Y sin embargo, lo hacía. Me levanté—. Cuídate.

Caminé lentamente de regreso a mi apartamento. ¿Qué mierda había sucedido? No lo sé, supongo que cada día las personas estaban más dementes. Como fuera, no tenía por qué preocuparme por este detalle insignificante. Ahora todo lo que había en mi cabeza era encontrar a la madre de Daila para resolver el enorme conflicto en el que me había lanzado de cabeza cuando decidí quedármela.

«¿Y si no le abandonó?». La pregunta rasgó mi mente como un rayo. Existía más de una probabilidad: quizá el padre era un enfermo de mierda, que la había tirado sin el consentimiento de la madre o la secuestraron. La pobre mujer podía estar desesperada, tratando de encontrar a su hija. También podría tratarse de una indigente. De ser el caso, yo estaba arruinado. No podría conservar a mi hija, por mucho que quisiera. Tendría que entregarla a Protección Infantil y ella se perdería en el sistema, entre pilas y pilas de documentos. No volvería a verla nunca más.

Maldita burocracia.

No podía permitirlo, no obstante, ¿cómo evitarlo?

Las siguientes dos semanas estuve tratando de hallar respuestas a mis preguntas. No las hubo. Todo indicaba que lo peor estaba por venir y yo no podría detenerlo. Lo viera por donde lo viera, estaba perdido... o tal vez, solo es una probabilidad remota, comenzaba a ser pesimista de nuevo. En mi defensa diré que soy Acuario y nosotros... Ah, olvídale, no tengo ninguna excusa.

Óscar no se había vuelto a comunicarme y yo me desesperaba otro poco cada día. Mierda, comenzaba a perecer una quinceañera abandonada después de la primera noche de sexo. «¿Dónde está?», «¿por qué no me llama?», «¿será que se olvidó de mí?», «¡oh, maldito infiel!». Y etcétera.

Patético. Real, absoluta y aterradoramente triste.

Para cuando octubre dio inicio, yo estaba a punto de reportar la desaparición de mi amigo el mafioso a las autoridades. *Síp*, eso habría supuesto un enorme problema. Y *síp*, Óscar me hubiera destripado vivo de enterarse. Pero para mi fortuna, continué esperando y esperando.

Esperaaaandooo. Esperaaaandooo.

Así que cuando Óscar llamó a mi puerta a mitad de mes, le hubiera hecho una fiesta de no ser por su mirada de psicótico-asesino que exigía mi cabeza. No recordaba haberle dado mi dirección, ni siquiera conocía la suya; pero tratándose de alguien como él...

¿Qué mierda me sorprendía?

Entró sin ser invitado y tomó asiento en mi sofá. «Sí, adelante, marico. Estás en tu casa»,

pensé. No lo dije. Bien por mí. Daila, que estaba jugando con un par de cubos de plástico, lo miró un momento antes de continuar en su mundo de risas y colores.

—¿Qué más? —pregunté.

Óscar dejó una muy gruesa carpeta a su lado y resopló.

—Me debes una, güevón. Siéntate.

Era consciente del hecho. Le debía el alma a este hombre y a diferencia del diablo, Óscar sí cobraría. Obedecí, nervioso. ¿Por qué esto me asustaba?

—¿Qué pasó?

Óscar abrió la carpeta, de inmediato me encontré con la fotografía de una mujer idéntica a Daila. Su piel era un poco más oscura y los rizos más gruesos; pero por lo demás... Era su madre.

Le había encontrado. Increíble.

—Aquí está *todo* lo que necesitas: datos, papeles para la adopción... Cualquiera vaina si ella se pone *difícil* —comenzó. Yo me hice una idea: podría chantajearla. Lindo—. Pero verga, cómo me costó encontrarla, marico. Lo bueno es que parió en la Maternidad y vive en Petare.

—Coño, gracias.

Tomé la carpeta y comencé a leer. Ella, su madre, tenía diecinueve años. Del padre no se sabía nada. Yo no conocía su historia y, ¿la verdad?, me importaba una mierda. Lo único que deseaba era tener a Daila conmigo.

—¿Y cómo sabes que es ella?

Uh-oh. Pregunta estúpida. Óscar me dio una mirada burlona y después suspiró.

—Porque casualmente tenía una carajita que misteriosamente se le perdió —dijo—. Y son como que *igualitas*.

Buen punto. Sin embargo, él había dicho...

—¿Se le perdió?

Óscar miró hacia arriba, fastidiado.

—Puro cuento. No reportó a la chamita ni nada.

Respiré aliviado. Esa era una buena noticia, quería decir que podríamos llegar a un acuerdo. Esto sonaba como tráfico humano y pese a ser indiscutiblemente ilegal, yo tenía las mejores intenciones. Eso contaba, ¿cierto?

—¿Y lo otro?

Óscar me dio una media sonrisa sucia.

—Listo. Cuando tengas la vaina, vas con el primo y él te resuelve.

La «vaina» eran los documentos originales de mi hija. El «primo», sin embargo, era un conocido de Óscar que se encargaría de acelerar el proceso de adopción, todo por el módico precio de mis órganos intactos y el culo.

Podía con eso.

—Gracias. Yo te entrego tu plata *completa* mañana temprano. —Reprimí una sonrisa producto de la enorme felicidad—. Te apareciste de repente y no tengo efectivo.

Él meneó la mano.

—Dale, marico, no hay problema. Si necesitas algo, ya sabes.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta.

—Estamos hablando.

Asintió y se fue. De nuevo, Martha se encontraba espiando por la ventana de su apartamento. Óscar alzó una mano, saludándola y yo le sonreí. Ah, joder, ya me imaginaba el nuevo chisme del edificio: Adrián, el comeгато^[34] muerdealmohada^[35]. Casi pude verlo, escucharlo, sentirlo... Sin embargo, los rumores no me importaban en absoluto y me acusaron de cosas realmente malas

antes. La homosexualidad no me parecía horrible.

El problema es que con Martha solo una cosa era segura: ella siempre iría más allá de lo que pudieras imaginar. En este caso, yo no solo sería un exadicto-omegato-gigoló, sino un abusador de hombres-grandotes-y-musculosos, proxeneta de machos-malotes-y-peligrosos... o cualquier mierda increíble. Lo que sea, cualquier cosa hilarante, tú solo dila y Martha lo superará con creces.

Pienso que en lugar de ser la vecina chismosa del edificio, debió de dedicarse a la literatura. Olvídate de *Las Crónicas de Narnia*, *Harry Potter* y *El Señor de los Anillos*, ella habría revolucionado el mundo.

Aunque algo me dijo que lo haría, pero sería mi mundo..., desgraciadamente.

Volví buscar en la carpeta de la madre de mi hija. Esto sonaba un poco-muy raro, pero era la cruel verdad. No sé qué esperaba encontrar en ellos. No había demasiada información, además de los documentos que Óscar había preparado con anterioridad y a los que ella solo tendría que ponerle su firma.

Me fijé en su foto y en los datos, que se encontraban a continuación:



APELLIDOS Y NOMBRES: Farías Manrique Yaritxy Reynabel.

FECHA DE NACIMIENTO: marzo 05, de 1991.

DOMICILIO ACTUAL: Calle Unión, número...

Cerré la carpeta. Óscar era de temer, ¿cómo mierda había conseguido esta información? Él tenía sus métodos y ya no me sorprendía tanto que supiera mi dirección. Por otro lado, ¿este era el nombre de la madre de Daila? Dulce Jesús, no quería imaginar el que eligió para ella.

De hecho, no intenté hacerlo.

Tomando aire, cerré los ojos y medité sobre mis próximas acciones. Primero, tenía que idear un modo de acercarme a la mujer sin asustarla. Segundo, pedirle amablemente que me cediera su custodia total. Y tercero, pero no menos importante... Y una mierda. Tenía sus datos, ¿qué me impedía ir por ella ahora y solucionarlo de una vez por todas?

Nada.

Fui por el bolso, cartera *no* femenina, lo-que-sea, donde guardaba los juguetes, pañales y la comida de Daila. Le puse un vestido blanco floreado y la cargué.

—Vamos a pasear —le dije.

Ella pareció entenderme, porque aplaudió riéndose.

Bien, yo iba directo al infierno venezolano, literalmente, y no saldría de ahí sin una respuesta.

CAPÍTULO 10

Yaritxy hizo el intento de cerrar la puerta, la detuve y entré. Bueno, esto fácilmente podía calificarse como allanamiento de morada, pero entre los dos ella tenía todas las de perder. Más enojado que nervioso, me paré frente a ella y alcé la comisura del labio en una sonrisa casi burlona. Desafiante.

—Voy a llamar a la policía.

Me reí. Por supuesto.

—Dale y así les cuentas cómo la dejaste botada para que se la comieran los perros.

Yaritxy tragó duro. Estaba siendo un poco cruel con ella, ¿verdad? No me arrepentía, en absoluto. Había ido con las mejores intenciones, en son de paz, con mi estúpida banderita blanca. Cuando ella abrió la puerta, sin embargo, todo lo que hizo fue maldecir a Daila con tanto odio que mi mente se nubló. Nadie la llamaría «monstruo» ni mucho menos «pedazo de mierda» si yo estaba presente. Jamás.

Esta era mi hija y merecía respeto.

—Tú no entiendes—. Yaritxy suspiró—. El papá no la quiere, yo no la quiero...

Entrecerré los ojos sobre ella. ¿Pensaba convencerme con esa mierda, en serio, a mí? Tenía que saber que no.

—Llora, pues.

—No tienes que ser tan odioso.

Me burlé. Oh, ella no tenía idea de lo desagradable que podía ser de proponérmelo.

—¿Y qué quieres, que te aplauda? Coño, la dejaste en la basura.

—¡Porque no la quiero!

Daila gimoteó, removiéndose. Traté de calmarla. Supongo que podía sentir la hostilidad, que podría cortarse con un cuchillo. La tensión. Ella se había acostumbrado al cálido ambiente familiar. Amor, ternura. No a la música estridente que podía oírse a kilómetros de distancia, los niños que gritaban mientras corrían por las escaleras, como en el Lejano Oeste, los perros y sobre todo el odio en la mirada de su madre. Los ojos de Yaritxy me recordaban a los de Amarilis.

La mujer detestaba a su hija real y profundamente. Y eso me dolió. No lo entendía, ¿cómo no puedes amar a una persona que es parte de ti? Que vino de tu cuerpo.

Carecía de sentido.

—No grites. Está bien, no la quieres. Normal, yo entiendo...

No entendía una mierda. El abandono y yo no éramos los mejores amigos, de hecho nos odiábamos a muerte. Desde mi perspectiva, nada le justificaba. Ella podría decirme lo que fuera, siempre existían más opciones. Yaritxy las tuvo y eligió el camino fácil, al igual que el padre sin nombre de Daila y el mío.

—Pero —continué— pudiste dejarla en una iglesia, la policía, un hospital... Coño, pudo haberla encontrado un violador, ¿no pensaste en eso?

Encogiéndose de hombros, ella negó.

—Ese no es mi peo. Por su culpa me dejó mi marido.

Y eso fue todo. De repente lo que vi fue blanco y había un molesto zumbido en mi cabeza. ¿Cuántas veces oí este tipo de acusaciones? Tantas que dejé de contar a los diez años, porque no valía la pena. Amarilis había descargado toda su furia en mí, gracias a esto. «Tu culpa. Tu culpa. Tu culpa». Su voz vino desde algún lugar, para recordármelo. ¿Por qué tenía que ser mi

responsabilidad? Yo no pedí venir a este mundo, así como Daila tampoco.

Respiré profundo y solté el aire despacio. Quería golpearla. «Cálmate», me dije. Después de todo, era una mujer.

—No —respondí—. Que tu marido sea un pajúo de mierda y cobarde, es otra cosa. Mira, me importa un coño tu vida. —Como me fue posible, busqué la carpeta y se la entregué—. Firma, dame la partida de nacimiento y me voy.

Ella negó, casi horrorizada.

—¿Estás loco? Quédatela y ya. No voy a firmar nada.

Oh, justo como Óscar lo predijo. Era un hombre astuto.

Tiempo del Plan B.

—Dale, no firmes un coño. Pero ¿qué crees que te pasará si voy a la jefatura y les cuento cómo y dónde la encontré?

Bingo.

Pálida, Yarityx corrió por el pasillo y regresó después de varios minutos, con los documentos.

—Ya está —dijo mientras firmaba—. Vete.

Asentí complacido. Esto se sentía bien, demasiado para ser normal. Me pregunté si debería dedicarme a la extorsión. No es tan difícil: solo finges una actitud más ruda, miras como un asesino psicótico y amenazas. Sobre todo amenazas.

Riéndome de mis estúpidos pensamientos, salí de la casa.

Era todo. Habíamos terminado.

Estuve de vuelta en mi apartamento después de las cinco. Cansado física y mentalmente, todo lo que podía desear era dormir al menos media hora, pero Daila tenía otros planes. Todos ellos relacionados con comida, canciones sin sentido y yo, su muy rudo padre, bailando La Macarena... O algo similar. ¿Por qué? Es un misterio sin resolver, como las pirámides de Egipto, los OVNI, los motivos de Martha para ser una chismosa insoportable y un largo etcétera.

Los secretos del universo.

Al cerrar la puerta, cuando traté de dejarla, ella se aferró a mi cuello gritando como poseída por el demonio. Gimiendo, caminé hacia la cocina. Tendría que hacerlo con Daila sobre mí, jalándome el cabello y saltando en mi brazo. Alguien tendría que darme un diploma como malabarista pronto, lo merecía. Ah, joder, lo admito: sí, yo estaba malcriándola. En mi defensa diré que ella se lo merecía. Con una madre de mierda como la suya...

Mientras preparaba la papilla, alguien llamó a la puerta. Por un segundo, mi corazón se detuvo. ¿Yarityx habría acudido a la policía? Ella podría acusarme de secuestro. La sola idea me paralizó. Volvieron a hundir el timbre y me forcé a dar el primer paso. «Respira, coño, respira. Cálmate». No era tan simple. Con mis pensamientos fatalistas haciendo un motín, yo no podía dejar de imaginar toda clase de situaciones horribles. Llamaron de nuevo y tomé aire antes de abrir. Las piernas me flaquearon y por un minuto mi estómago se apretó hasta dejarme sin aire.

No podía ser verdad.

—Hola.

—Gabi... —Su nombre salió por sí mismo de mi boca.

Yo habría asesinado por este momento, meses antes. Ahora, sin embargo..., era confuso. ¿Cómo tenía que sentirme o qué debía hacer? Quizá eufórico, no lo estaba. ¿Tenía que lanzarme

hacia ella, como el hombrecito patético que un fui? Tampoco quería hacerlo. Tan solo permanecí en blanco, viéndola.

Ella parpadeó incrédula al encontrarse con Daila. «Verga». Me había olvidado de este detalle nada pequeño.

—¿De dónde la sacaste?

Consideré decirle la verdad, pero honestamente no sonaría nada bien. «Fíjate, qué gracioso: me la encontré en un basurero y la adopté, ¿qué te parece?». De todos modos, ¿qué mierda le importaba?

—Es mía.

—¿Cómo que *tuya*? —gritó.

Alcé un hombro, indiferente.

—Coño, Gabi, tú sabes: me cogí a una jeva y la dejé preñada.

Entonces me frunció el ceño.

—¿Y... está aquí?

Sacudí la cabeza, negando. Hora de la verdad... o una parte de ella.

—Me la dejó. —Curvé la comisura del labio, hacia arriba—. Como que tengo mala suerte con las mujeres.

Gabriela pareció avergonzarse. Por supuesto. El infierno se congelaría primero. Ella y la vergüenza eran enemigas mortales. *Nop*. En definitiva, Satanás me haría su complaciente puta antes de que Gabriela experimentara algo distinto al amor por sí misma.

—Ah... —Me dio un vistazo rápido y titubeó—. Estás diferente..., como más gordito y te cortaste el pelo.

Muy observadora. Mi cambio, sin dudas, no se debió a ella. De no ser por Daila y Florencia yo no hubiera tenido un futuro. Recordármelo, se llevó todas las dudas.

—Estoy ocupado.

Traté de cerrar la puerta, Gabriela me detuvo. ¿Por qué esto me preocupaba? Ah, sí: porque había una pequeña maleta en el suelo, que solo vi en ese instante. «Coño, no». Ella no podía..., pero lo hizo:

—Volví.

Fue mi turno de parpadear, confundido. Abrí la boca, nada salió. La cerré. Hice un nuevo intento, nada. Ella no hablaba en serio, ¿verdad? No podía simplemente tirarme como a la basura, regresar cuando todo comenzaba a ir bien y decirme «volví», como si tuviera algún significado.

—¿Qué?

—Me di cuenta de que te extraño.

La lucidez vino en mi ayuda. Riendo por lo bajo, me burlé.

—Voz de pito de dejó, ¿no?

Gabriela hizo el intento de negar, pero se encogió sobre sí misma, rendida y respondió muy bajo:

—Terminamos. Pero papi...

—¡Papi, un coño! —Daila saltó en mi regazo, asustada, por lo que me tragué la furia—. Papi, un coño, Gabriela. No me vengas con esa vaina ahora. Te fuiste, cuando te pedí, *te rogué*, que te quedaras. No me salgas con eso de que te diste cuenta de que todavía me quieres y dejaste al marico ese por mí. No soy estúpido.

—Perdóname.

Eso podía hacerlo. Aprendí a perdonar en el Centro de Rehabilitación. Angélica me hizo ver lo equivocado que me encontraba con respecto a atesorar el odio. Nunca estaría completamente

sano hasta dejar ir todo lo que me empujaba a las drogas y el alcohol. Lo que no podría hacer era regresar con ella. Habría sido hipócrita y humillante para mí mismo.

Estaba harto de ser tratado como porquería.

—Me rehabilité, sabes, ¿dónde coño estabas cuando eso pasó? —No sería amable. Ella tenía que escuchar esto—. Con cara-de-jeva-voz-de-pito, cogiendo. Mientras yo estaba sintiendo que me moría, en *rehabilitación*, tú le sacabas plata al pendejo ese.

—No sabía.

—Verga, claro que no. Me dejaste.

—Adrián...

No quería escucharla. Tuve suficiente de Gabriela en el pasado, no quería otro poco ahora. Tan solo dejarla fuera de mi vida, junto con todo lo que me hacía daño.

—Gabi, mira... —Suspiré—..., qué mal que el marico ese te dejara. No me alegra, sé cómo se siente. Y sí, te perdono, todo bien; pero no hay espacio en mi vida para ti.

—Adrián...

Y me miró como en el pasado: como si yo le importase. No había rastro de la arrogancia con la cual me echó lejos. Ni burla. Nada fuera de dolor, tristeza y arrepentimiento. Lástima que fuera un poco tarde para solucionarlo.

—No, Gabi —dije y cerré la puerta.

Extrañamente no hubo remordimientos, como esperaba. No me sentí solo, vacío ni triste. Entendí que había dejado de amar a Gabriela cuando comencé a amarme a mí mismo. Y me gustaba cómo se sentía.

Volví a la cocina y terminé de preparar la cena.

Daila y yo comimos mientras mirábamos *La Sirenita*. Ella trató de tomar al cangrejo un par de veces, y lloró cuando la alejé de la pantalla explicándole que no era real. Ah, mierda, tendría que conseguirle uno de juguete. O dos, quizá tres.

Esperaba encontrar el valor para dejar de malcriarla. Algún día.

Cuando Daila se quedó dormida, busqué sus documentos de identidad en la carpeta y leí: «Farías Wilneidyz Yeberlin». Oh, por el infierno y todos sus jodidos demonios, estaba teniendo una migraña de proporciones globales.

—Verga —susurré.

Mi hija tenía un nombre horrible y yo un problema.

CAPÍTULO 11

—Verga, marico, sí: la mataron.

Óscar dejó la hoja de papel sobre la mesa y me miró con lástima. Antes, yo me hubiera burlado. ¿Ahora? Ahora no tenía ganas de hacerlo. No sintiéndome atrapado y miserable por mi pobre hija y su nombre de mierda.

—¿Qué hacemos?

Se encogió de hombros, negando. Esto no me gustaba. Tenía que haber algo, cualquier cosa, que pudiéramos hacer. No podía imaginar la vida de Daila llamándose «Wilneidy». Simplemente... Oh, sería espantoso.

—Nada. No le puedes cambiar el nombre si no es ofensivo, afecta su vida o algo así.

Poniéndole los ojos en blanco, bufé.

—Wil-nei-dyz —dije—. ¿Te acuerdas que ibas a llamarte Oskairbinson?

Abriendo los ojos desmesuradamente, se ahogó con el café. Sí, a eso me refería: nadie quería vivir con un nombre como ese. Y Daila, definitivamente, no sería la excepción. Me aseguraría de ello.

—Coño, sí... —Tosió—. Déjame ver qué hago. Pero marico, ¿ya fuiste dónde el primo?

—Sí. Me dijo que me llamaba cuando la vaina estuviera lista.

—Ah, bueno... Yo voy moviéndome con esto mientras tanto. Trataré de tenerlo para cuando el primo te llame, así haces todo de una vez.

Asentí. Esto también me costaría, y mucho. A estas alturas, estaba considerando la prostitución para conseguir el dinero que necesitaba. ¿Qué tan difícil podría ser? Pantalones ajustados, el torso desnudo, una mirada sexi... Oh, sí: tendría a todas las ancianas millonarias a mis pies en cuestión de segundos. Casi pude ver mi nueva vida.

Óscar terminó su café y se levantó.

—Estamos hablando. —Miró su teléfono y suspiró—. Tengo que irme, voy a comer con la jeva por ahí.

Moví ambas cejas, burlándome.

—Coño, perro *domesticaron*.

Se rio asintiendo.

—Tú sabes, marico, y como está embarazada...

Ese era un gran descubrimiento. Así que Óscar estaba ayudándome por esto: él me entendía. Oh, bueno, ¿quién dijo que los mafiosos sanguinarios, como él lo era, no tenían corazón? En algún lugar, escondido entre capas y capas de impenetrable maldad y locura.

Lo palmeé en el hombro.

—Felicidades.

—Gracias. Cuídate —respondió, yendo hacia la puerta.

—Sí, salúdame a tu mujer.

—Seguro.

Óscar se perdió en el pasillo, directo hacia los elevadores, y yo cerré la puerta.

Ahora solo quedaba esperar.

Pasó una semana, después otra y otra. Yo estaba mejorando con esto de la paciencia, ya no parecía una quinceañera abandonada. Estaba tranquilo, manteniéndome fuerte. Iba todos los días al trabajo, continuaba dando clases, jugaba con mi hija y etcétera. Siempre que tenía dudas o

malos momentos, mantenía largas conversaciones con Florencia.

Ella era mi más grande apoyo, siempre estaba ahí para mí. Para nosotros. Y yo realmente se lo agradecía.

Cuando la espera llegó a su final, casi no podía creérmelo. Incluso mientras firmaba documentos y escuchaba las felicitaciones por parte de mis seres queridos, simplemente... era como un jodido muy buen sueño. Oh, un poco cursi, ¿verdad? Pero piénsalo: todo encajaba. Después de haber llevado una vida miserable, descendido al infierno y regresado con vida, era feliz. Y me aseguraría de darle el mejor maldito futuro a mi niña.

Me lo juré a mí mismo al leer los documentos de adopción y su nueva Acta de Nacimiento. Daila Vanessa Ramírez oficialmente era mi hija.

Lloré en silencio, sosteniéndola, mientras era abrazado por mi madre adoptiva.

Esto estaba bien.

CAPÍTULO 12



Seis años después

Un par de grandes ojos negros me miraban con intensidad. Fingí dormir, en serio lo intenté, ya sabes: párpados apretados, cuerpo inmóvil, ronquidos y etcétera. Como siempre, no funcionó. Sabía que tenía que dejar de hacer eso, era estúpido, pero me gustaba oír la risa traviesa de Daila por las mañanas mientras me hacía cosquillas.

Saltando de rodillas sobre la cama, mi lado, ella comenzó a llamarme:

—¡Papi, papi!

Oh, jodida mierda, realmente amaba esto. Llevaba haciéndolo los últimos años y esperaba disfrutarlo muchos más. Cursi de nuevo, mi error, pero supongo que siempre he sido un poco más sensible de lo que debería. No importa.

Continué con mi pequeño juego: simulando estar dormido. Y ella no paró, vez tras vez, Daila siguió llamándome con pequeños golpecitos. Después de varios minutos, abrí los ojos.

—¿Qué pasó, mami?

Ella me mostró una de sus sonrisas adorables, con dientes caídos y hoyuelos en sus mejillas regordetas. Ella era hermosa.

—¡Son las ocho, son las ocho!

Diablos sí, y yo quería dormir hasta el mediodía. Estaba tan cansado y me dolía todo el cuerpo. La noche anterior había sido agitada: un concierto que se extendió más de lo esperado y la acostumbrada celebración de la que huí para poder estar con mi hija. Lo normal cuando estás en una banda de black metal sinfónico, ¿uh? Ya sabes: rock, sexo y mierda. Aunque yo me conformaba solo con el rock, el resto podía irse al carajo. Ya había atravesado por ese camino y no quería estar en él de vuelta.

Oh, espera, voy un poco rápido. Es solo que muchas cosas pueden pasar en seis años, ¿verdad? Un montón, de hecho. Pero empezamos por lo básico: después de formalizar la adopción de Daila, me casé con Nayalí. Fue una boda increíble, ella vestida de blanco, caminando hacia el altar en el que yo la esperaba, completamente de negro... No, lo lamento, olvida esa parte. Nunca sucederá. Lo cierto es que luego de adoptar a mi hija, todo se volvió más simple para mí, de algún modo: continué trabajando en la tienda los primeros dos años, ahorré algo de dinero —después de pagar mis deudas— y seguí adelante como padre soltero.

Solo éramos Daila, Florencia y yo. A veces Nayalí, sin embargo, ella siempre fue el tumor que nadie pudo extirpar.

Óscar se convirtió en el reluciente padrino-mafioso de Daila y Angelí en su madrina. Polos opuestos, aunque funcionaba. Mientras que él no sería la mejor de las influencias, ella podría ayudarme a llevarla por el buen camino. O algo así. Yo no juzgaba al hombre, de no haber sido por su ayuda ella jamás se hubiera quedado conmigo y estaría en algún albergue, esperando. O peor.

Odio pensar en ello, trato de no hacerlo.

Por otro lado, la relación con Amarilis y mis hermanos se fue a la mierda después del último aborto de Rocío. Bueno, bueno, cualquiera pudiera pensar que yo estaba siendo al Reina

del Drama con esto. Un aborto siempre es mejor que el abandono o una vida miserable, lo sé. Sin embargo, yo no creo que eso incluyera a mi hermana. Joder, ¿era tan difícil utilizar un maldito condón? Digo, el hijo de puta de turno podía ponérselo, ¿verdad? No llevaba demasiado tiempo. Pero yo no la culpaba, no del todo; sino a mi madre. Por lo que nuestra relación se fue debilitando hasta que me alejé por completo. Una lástima, ¿verdad? Las familias deben estar unidas, ser todo paz y amor, solidaridad y etcétera. Nosotros no lo éramos. No lo seríamos nunca.

Y así se fue mi vida.

Lo de la nueva banda llegó como una casualidad. Mientras era profesor de batería, los fines de semana, el hermano de uno de mis alumnos se acercó a mí y me reconoció. Fue agradable que sucediera, es decir, que mi antigua reputación como el Maldito Sangriento, aún estuviera viva. Él me invitó una cerveza, opté por un jugo natural, explicándole que ya no bebía y el porqué. Una conversación nos llevó a otra y a otra. Cuando me di cuenta, estábamos agrupándonos. Así nació Dolor y Miseria, y nuestro primer éxito: *Infierno*. «Y demonios rien de ti, de mí. Camina conmigo por el infierno». Lindo, ¿eh? Al menos no estábamos hablando sobre necrofilia, como nuestro inteligente vocalista propuso.

No creo haber podido cantar sobre ello y ver a mi hija o a Florencia a los ojos.

Y ahora aquí estábamos: en mi cama, Daila y yo, tratando de explicarle por qué papá tenía que dormir un rato más.

—Mami, tengo sueño —respondí con la esperanza de que significase algo para ella. No lo hizo.

Daila infló las mejillas, mostrándome el labio inferior y eso derrumbó todas mis defensas. Yo recordaba vagamente haberme prometido no maliciarle más, no podía. Siempre que miraba esos ojos terminaba derretido... de un modo muy varonil.

Macho. Y *olé*.

—Pero son las ocho.

Y yo seguía sin entender qué había de importante con eso.

—¿Y si nos dormimos un ratico?

Daila sacudió la cabeza, negando. Sus rizos negros se agitaron levemente.

—Tú dijiste que te despertara a las ocho.

No recordaba haberlo hecho. Sentándome, traté de buscar en mi memoria. No, nada.

—¿Yo te dije eso?

Asintió entusiasmada.

—Sí, cuando me trajiste de donde mi abuela Flor —dijo.

—¿Y por qué te dije que me despertaras a las ocho?

Ella me dio otras de sus sonrisas.

—Porque es tu cumpleaños y tú dijiste que yo podía hacer la torta^[36].

«Coño». ¿Qué tan patético era que mi hija recordara mi cumpleaños y yo no? Supongo que mucho. Pero oye, yo estaba cansado y necesitaba unas cuantas horas de sueño. Creo que debí estar medio dormido cuando se lo dije. Como hubiera sido, una promesa era una promesa, y yo me cortarí una mano antes de fallarle a Daila. De todos modos, teníamos un pequeño ritual desde hacía cuatro años: horneábamos juntos nuestros pasteles. Siempre resultaba en un desastre, sin embargo, era un momento solo nuestro, en el que éramos un padre y su hija, haciendo estupideces.

Justo lo que no tuve durante la infancia.

Suspirando, asentí.

—Está bien. Después del desayuno, déjame y...

—Ya lo hice.

«Verga, ¡no! No, no, no...». Y *síp*. Aquí estaba yo, siendo dramático de nuevo. Pero oye, no me gustaba la idea de tener que comer cereal con todos los condimentos de la despensa. Eso sabía terrible y me enfermaba hasta la muerte. ¿Cómo negarme cuando me miraba como un perrito abandonado? No podía, por lo que terminaba sufriendo después..., toda la noche y el otro día.

No, gracias.

—Qué rico. —No, en realidad—. Pero ¿no quieres comer pastelitos^[37] o algo? Yo los hago rapidito.

Negó. Oh, Dios, mi pobre estómago. Dolor, angustia, miseria... Este bien podría ser el título de nuestro próximo álbum.

—*Nop*. Yo ya hice la comida. —Se mordió el labio nerviosa—. Es especial.

El Apocalipsis en mi cocina.

—¿Qué hiciste, Daila?

—Pan, de que dejás en la mesa...

Suspiré aliviado. Al menos no había escalado como *Spiderman* para llegar a la despensa. Siempre que tenía pensado quedarme en cama un poco más, dejaba todo al alcance de su mano.

—¿Sí?

—Sí...

Me reí. Ahora ella era la reina de la timidez.

—¿Y qué más?

—Queso y salsa y...

Su voz se perdió por un momento, pero yo había entendido el punto.

—Rico —repetí—. ¿Y comes conmigo?

Sus ojos se iluminaron.

—Sí. —Me besó en la nariz—. Quédate, yo lo traigo. Es tu cumpleaños.

Los ojos me ardieron mientras la veía correr fuera de la habitación. No sé qué mierda hice para merecer esto, pero debí de hacerlo bien. Tenía una hija increíble, que era feliz y me hacía feliz. Eso sin dudas era más de lo que deseé en algún momento.

Respiré profundo, para no llorar. Mi hija llegó con el desayuno y se subió a la cama, conmigo. Antes de ella, yo había odiado mis cumpleaños, ahora no podía imaginar un día mejor.

CAPÍTULO 13

«No debo meterme en la cama con el pelo mojado. Recito varias veces este mantra mientras intento una vez más controlarlo con el cepillo. Me desespero, pongo los ojos en blanco...».

Oh, espera, esas definitivamente *no* eran mis líneas. Me confundí. Es solo que estuve leyendo un poco la noche anterior y supongo que la mierda terminó contagiándoseme.

Mi error.

Daila me había despertado saltando encima de mí. Como este día no tenía que ir a la escuela, la llevaría conmigo a la práctica con Dolor y Misericordia. Mi banda, no era así como me estaba sintiendo, a pesar de que mi adorable pequeña pudo haberme roto una o dos costillas. Para nada.

Ella amaba hacer esto, supongo que se debía al hecho de que podía ser algo como Hitler en miniatura con nosotros y se le daba bien mangonear. Otra posibilidad era que realmente le gustara el black metal, pero yo no me haría ilusiones aún.

¿A quién engaño? Ya me las había hecho.

Así que cuando estuvimos listos, su pequeña mano tomó la mía y Daila me arrastró todo el camino hacia el estudio. Oh, bueno, yo iba por mi propia voluntad; es solo que me gustaba hacerle creer que tenía más fuerza que yo. Cosas de padres solteros, con dos o tres costillas rotas, insomnio y etcétera.

Cuando llegamos, Daila corrió hacia Jonathan, el vocalista de la banda. Alzándola en brazos, él la hizo girar mientras ella gritaba y se reía. Ellos real, realmente le amaban. Era como la hija de todos, y el modo en que la mimaban superaba el mío: «¿Quieres dulces Daila?», «¿cómo está mi princesa?», «¡te amamos, Daila!». Y así, yo pudiera seguir poniendo ejemplos del muy deshonesto y poco varonil comportamiento de mis amigos. Pero ¿quién era yo para juzgarlos? Dios, incluso me comportaba como Mamá Gallina alrededor de ella.

Má-ten-me.

—¡Hey, belleza! —Jonathan la depositó besó en la nariz antes de dejarla en el suelo.

—Bendición. —Daila le regaló una de sus sonrisas.

Creo que el hombre se quedó sin aliento porque respiró hondo y no dijo nada. *Síp*, esta era mi hija: dejando sin palabras a rudos y muy machos metaleros.

—Dios me la bendiga —dijo después de un rato.

Extraño, ¿verdad? Que él dijera algo como eso, considerando que era ateo. Uno aterrador que cagaba ladrillos siempre que alguien mencionaba la religión. Pero así funcionaba esto: Daila sonreía y tenía a cualquiera en sus manos, ateo o no, y además los hacía bailar a su ritmo.

—¿Y mi besito? —preguntó Joao. Este era nuestro guitarrista líder y hermano menor de Jonathan.

Daila chilló lanzándose sobre él. Joao la atrapó y dejó un beso en su frente. Fue seguido por Franklin, Gabriel y Carlos, los integrantes a los que nadie quería.

—¿Qué más, marico? —Gabriel preguntó.

Antes de que pudiera responderle, Daila se encontraba con las manos en sus caderas mientras golpeteaba el suelo con su zapato, como Mamá-Enojada.

Aterrador.

—Le dijiste a mi papi esa palabra fea. —Lo señaló con su dedo acusador—. No hay ponquecitos^[38] de mi abuela Flor para ti.

Gabriel gimió, como el hombre-musculoso-y-peludo que era, y el resto de la banda rio. Él amaba la maldita cosa. Todos lo hacíamos. Los postes de Florencia simplemente eran como la droga y yo sabía mucho al respecto. Nadie conocía el secreto, ni siquiera Nayalí; pero bastaba con una mordida para ir como un patético zombi rogando por más.

—¡Nooooo! —Gabriel se llevó ambas manos a las mejillas y abrió la boca más de lo normal—. Mi ponquecitos... Por favor, princesa, dame uno.

Daila negó, con el ceño fruncido.

—Le dijiste esa palabra fea a mi papi. Mi abuelita Flor dice que es malo.

Jonathan se rio entre dientes.

—Sí, qué malo eres, diciéndole esa «palabra fea» al pobre Adrián. Daila debería darme tu ponquecito *a mí*.

Sí, él era un instigador de mierda. Daila pasó su mirada enojada hacia Jonathan.

—Mi abuelita dice que es malo burlarse de las personas a las que le pasan cosas malas.

Y Jonathan palideció.

—Eso es sabiduría, ma... ¿amigo? —dijo Franklin—. *Aprende*.

—¿A mí sí me vas a dar, verdad princesa? —Carlos la miró con súplica.

—Y a mí. —Ese fue Joao.

Contuve el deseo de reírme. Lo siento, no me emocionaba la idea de ser regañado por mi hija de siete años. Daila asintió, sacando los dulces de su bolsa de regalo.

—Bueno, les daré uno, pero nada más.

—¿A mí también, belleza? —insistió Gabriel.

Daila le regaló una de sus sonrisas amplias y llenas de hoyuelos.

—*Síp*.

Uno por uno, ella fue dejando en nuestras manos los pequeños pasteles de Florencia. Estos eran de chocolate con nueces. La jodida gloria. Después de comerlos, comenzamos a ensayar. Teníamos un par de canciones que no estaba listas y con una presentación tan cerca como el fin de semana, eso era simplemente inaceptable.

Así que las siguientes horas, estuvimos encerrados «machacando» nuestros instrumentos. Hacíamos pequeñas pausas para descansar y continuábamos. Durante todo el proceso mi hija estuvo apoyándonos. Ella se tomaba esto en serio, le gustaba ser la encargada de los jugos naturales, bebidas energéticas y el agua. Siempre que Jonathan se quedaba sin fuerzas después de hacer sus «gritos de terror», entiéndase *guturales*, ella corría a buscarle un poco de líquido. La mayoría del tiempo no era necesario y él en realidad no se quedaba sin fuerzas; pero Daila insistía en hacerlo y era difícil para nosotros decirle que no. Así que teníamos que beber hasta que nuestras vejigas estaban a punto de hacer explosión. Sobre todo Jonathan, a Daila le preocupaba mucho que no pudiera «apagar el incendio en su garganta» y entonces el «dragón pudiera salir». Ella tenía una gran imaginación.

Demasiadas caricaturas, supongo.

Cuando terminamos, eran poco más de las cuatro de la tarde. Daila y yo habíamos quedado de ir un rato al parque y comer helados. Ya sabes, nuestra rutina familiar: juegos, diversión, muchas golosinas y etcétera. Por lo general lo pasábamos bien; pero este día Daila estaba distante. Triste. Ella ni siquiera había tocado su helado de yogur y cerezas, su favorito. Amaba la maldita cosa. Y eso me preocupaba porque tan pronto como llegamos, su habitual brillo se desvaneció. Ella se dejó caer sobre un banquillo y se dedicó a mirar nada en específico.

Eso me rompió el corazón. Si yo no podía hacerla feliz, ¿entonces de qué servía mi vida? No estaba siendo dramático, Daila era mi todo. Habría matado y muerto por ella, si eso le hacía

sonreír de nuevo. Así de simple.

De un segundo a otro, su mirada triste encontró la mía.

—¿Papi?

—¿Sí?

Ella lamió el helado que goteaba y suspiró. Parecía más grande y menos feliz. Como si de repente hubieran transcurrido varios años sin que me diera cuenta de ello.

—¿Me regalas una mamá?

«Ay, coño». Nosotros habíamos tenido esta plática antes, no de este modo, por supuesto. La primera vez que me preguntó por su madre, pensé en mentirle diciéndole que había muerto. Sin embargo, Florencia me hizo ver mi error: ella descubriría la verdad y me odiaría. Por lo que terminé contándole lo que sucedió, de la forma menos dolorosa posible: «Tu mami no estaba preparada para tenerte, así que yo te adopté». Al principio Daila lo tomó mal, no quiso hablarme durante días y lloraba por las noches, con tanta tristeza que incluso yo lo hacía. Pero después de cuatro semanas, mi pequeña hija me abrazó diciéndome que estaba feliz de que yo fuera su papá. «Te amo, papi», me dijo. Y yo entendí que todo estaría bien.

Hasta ahora.

¿Honestamente? No sabía si estaba preparado para una relación. Me había acostumbrado a estar solo con Daila, nosotros dos contra el mundo. Pero eso no podría continuar por más, en mi interior era consciente de ello. El problema era que deseaba una mujer que pudiera ver a mi hija como suya, que le amara tanto como yo. Sexo podría conseguir en cualquier lugar, solo o acompañado, ese no era el problema. Demonios, podía joder con Jonathan si hacía falta. Ignorando el hecho de que también tenía pene, él no era tan desagradable. Sin embargo, una madre para Daila..., ¿dónde iba a encontrarla?

—¿Quieres una mamá?

Ella movió la cabeza de arriba abajo, lento, mirando hacia los niños y sus madres. Y sentí su dolor como propio. Yo había pedido lo mismo en la infancia, no lo tuve, nadie me lo dio.

Suspirando, le acaricié la mejilla.

—Y..., ¿cómo te gustaría que fuera?

Daila se encogió de hombros, luego se movió hasta quedar frente a frente y comenzó a enumerar con los dedos:

—Que le guste el helado de yogur y el mango y el chocolate. Que sea bonita y huela rico y sepa cocinar y... —Su voz descendió—... y que... que te quiera mucho y a mí también.

Tomé aire cuando mis ojos ardieron. Esa era una buena lista, de hecho yo no habría pensado en algo mejor.

Sentándola en mis piernas, la besé en la frente.

—Sí va^[39] —respondí—. Como que... tampoco me gusta estar tan solo.

Daila se rio, más animada.

—¿Papi?

—Dime.

—Te amo.

CAPÍTULO 14

«Masturbador compulsivo busca novia». Entrecerré los ojos sobre Jonathan, quien no dejaba de reír. Desde que le conté sobre mi plan de buscar una madre para Daila, él no dejaba de molestarme con ello. Este era el quinto anuncio que publicaba en mi perfil público de *Facebook* sin que me diera cuenta. De quererlo, el hombre hubiera podido ser un ladrón profesional. Joder, tomaba mi teléfono y yo ni siquiera lo sentía. Eso era un poco aterrador.

—Coño, deja la vaina —dije.

—No. —Continuó riendo—. Vamos a buscarle una mamá a la princesa.

Sí, por supuesto.

—¿Vamos? Como que es mucha gente. *Voy*. —Gemí leyendo los comentarios en la publicación—. ¿Ves lo que haces? Ese poco e' locas... Coño.

Jonathan miró por encima de mi hombro y literalmente se dejó caer en el suelo, con las manos en el estómago, carcajeándose como un demente. Esto era un poco raro para la mayoría. Ya sabes, lo que las personas esperan de hombres como nosotros es todo lo malo del mundo: adicciones, espeluznantes ritos secretos, un agujero negro en lugar de corazón y etcétera. El estereotipo del metalero. Pero aquí estábamos, en mi apartamento viendo *Emoji, al película* mientras discutíamos mi inexistente vida amorosa. ¿Por qué dos hombres adultos, tatuados y musculosos harían eso? Daila, quien nos miró por un segundo que bastó para que hiciéramos silencio, casi.

—Cógeme, papi —dijo, imitando una estridente voz femenina, y volvió a reír—. Cógeme...

Gemí. Ah, mierda, la mayoría de los comentarios eran iguales. Eliminé la publicación y traté de concentrarme en la película.

Honestamente no pensaba encontrar una novia por Internet, era un poco estúpido para mí; pero Jonathan insistía con ello. Fuera de las bromas de mal gusto y los momentos de inmadurez, decía que era una buena idea. «En Internet hay de todo, marico, hasta una mamá para ella», decía. Puede que tuviera cierto sentido, sobre todo con lo que yo tenía en mente. No quería cualquier persona para ella, sino una mujer inteligente y divertida, que la quisiera. No era mucho, supongo, pero pocas se interesaban en un hombre con una hija de siete años. Además estaba eso de la Madrastra Malvada, ¿qué si terminaba enamorado como el más imbécil de una y mi hija sufría? No había muchas mujeres como Florencia, así que eso me tenía un poco preocupado. Enfermo.

Desesperado.

Porque yo se lo había prometido. Y siendo sincero, supongo que tantos años de sexo sin compromiso y masturbaciones en solitario estaban afectándome. Yo no había querido aceptarlo durante todo este tiempo, decía «oh, estoy bien. Solo somos nosotros»; pero estaba mintiéndome. Un hombre necesita afecto, quizá no en grandes dosis; aunque sí un abrazo de vez en cuando y palabras de aliento cuando te sientes miserable. Te amo, cuentas conmigo, eres el mejor, y etcétera.

Ah, sí, mis momentos cursis y yo. ¿Y los violines?

—No sé qué voy a hacer —admití, viendo a Daila dirigirse hacia la cocina.

Jonathan se volvió y me miró. Era un buen tipo, cuando no estaba siendo un cabrón de mierda.

—¿Por qué?

Dejé salir un largo suspiro. ¿Por dónde empezar?

—¿Y si me enamoro de una loca? Piénsalo, marico: me hace una cara a mí, toda amo-a-Daila, ya sabes, y es otra cosa. ¿Y si le pega? La mato, voy preso y mi hija pa'l coño.

—Estás como dramático.

Sí, bueno, él no conocía mi historial con las mujeres.

—Tengo una hija.

Él se encogió de hombros.

—Ya entendí. Bueno, ¿y qué quieres?

—Alguien que la quiera, que la cuide cuando yo esté ocupado, que sea su amiga y esa verga. Coño, mi mamá Flor ya está muy viejita para eso.

—¿Y para ti?

Una buena pregunta.

—Que me quiera también y no vaya a dejarme cuando todo esté mal. —Lo que siempre quise y nunca tuve—. Dime cursi, pero quiero una relación bonita, marico. Ya sabes, agarraditos de las manos, ver televisión, hablar y esas cosas. Y coger. No joda, estoy cansado de las pajas.

—Masturbador compulsivo, ¿ves? —Se rio—. Ya, bueno. Mira, aquí tratando de ser maduro, ¿por qué no sales? Conoces una jeva, ves si te funciona... Si no, conoces a otra y así. No tienes que cogértela, es cosa tuya; pero ahí vas viendo. Le hablas sobre la princesa, si quiere tener una familia y esa vaina. Fácil. Si no, de todos modos te queda mi primo el *muerdealmohada*. Ya sabes que le gustas.

—No, gracias. Como que *no* me gustan los güevos^[40].

—Lo intenté.

—Dile que lo aprecio, pero él es mucho para mí.

Jonathan se burló uniendo las manos como una virgen y dijo con voz afeminada:

—¡Oh, tan caballero!

Lo golpeé en el hombro.

—Cállate.

Daila volvió con un tazón lleno de... todos los dulces de la alacena. En serio, yo trataba de ser estricto, pero no podía. Ella simplemente me ganaba con una de sus sonrisas. Algún día empezaría a ser menos blando, quizá cuando cumpliera quince y quisiera tener novio.

Bueno, puede que estuviera malcriándola un poco, aun así era una niña educada que entendía los límites.

—Mami, eso es mucho.

Ella me miró por un momento.

—Pero ya abrí las bolsitas.

—No importa. Anda, después te va a doler el estómago.

Me puso ojitos tristes, suspirando, pero hizo lo que le pedí. Eso era bueno, ¿verdad? Es decir, no estaba haciendo tan mal mi trabajo. Regresó con un recipiente mucho más pequeño.

—¿Así?

—Sí, mami, así.

Con una sonrisa, se sentó entre Jonathan y yo, para compartir. Él se la quedó mirando por varios segundos, después a mí y de nuevo a ella... ¿Por qué me ponía nervioso?

—Oye, ¿no has pensado en darle otro papá? Coño, por ella me vuelvo marico.

Se rio, yo también.

—Cállate, pendejo. Quiero una mujer.

—Sí, igual yo.

—La Beba está disponible.

—¿La nieta de tu mamá Flor?

—Exacto.

Se lo pensó por un momento.

—Está buena. Quizá pase saludándola.

Yo sabía lo que eso significaba. Al parecer había jodido a la pobre Nayalí, aunque conociéndola..., el único con el corazón roto sería Jonathan.

CAPÍTULO 15

Nunca debí haber escuchado a Jonathan, el hombre estaba loco y yo lo sabía; pero mi deseo de encontrar una madre para Daila, que también fuera mi novia, como que me ganó. Y no me fue nada bien. Terminé con citas realmente horribles: desde la testigo de Jehová que quería salvar mi alma no-inmortal del pecado hasta la fanática que solo quería tener un pequeño recuerdo de mí... en su interior. También conocí a la divertida, que solo pensaba en el fin de semana festivo; la amargada que me dejó bastante claro que no sería la madre de mi hija y sugirió entregársela a mi mamá Florencia porque, bueno, ella no soportaba a los «malditos engendros». La pervertida, que me propuso una relación abierta con ella y sus tres novios bisexuales; la mojigata que se desmayó al oír la palabra «coger»; una lesbiana reprimida y otra mujer que aún tenía pene... Y así, lentamente mis esperanzas fueron muriendo frente a mis cansados ojos. ¿Y lo peor? No tuve sexo ni una sola vez.

A este paso, solo seríamos mi mano y yo, por los siglos de los siglos. ¿Quién dijo «Amén»?

Esto, sin embargo, no pareció desanimar a Daila, tampoco a Jonathan. Ambos estaban eufóricos con su misión no-tan-imposible, que a mí me tenía harto. ¿Honestamente? No soportaría otra cita fallida, mi orgullo ya iba en picada y Dios, si tenía que salir con otra obsesiva-compulsiva terminaría metiendo una bala en mi cabeza.

Esta noche, las cosas no parecían distintas. Supongo que después de dos meses y de haber salido con casi toda la población femenina de Caracas, yo estaba un poco muy escéptico. Oh, no me malentiendas, es solo que tantos fracasos apestaban y yo lo único que quería era lamer mis propias heridas en casa mientras veía el boxeo o fútbol, incluso una estúpida película de *Disney*. Porque a Daila le encantaba la maldita cosa y yo jamás se lo negaría.

Sin embargo, aquí estaba yo: en un fino y costoso restaurante, esperando por mi cita. No sabía quién era ni a qué se dedicaba. Yo solo vi su foto cuando Jonathan me la mostró y dije: «Está bien, marico, pero si no funciona dejamos la vaina. Estoy cansado». Esta sería la última. Si resultaba ser otro dolor de culo parlante, yo simplemente me convertiría en sacerdote o me casaría con Jonathan. A estas alturas y mi nivel de desesperación, no me importaba tener que meterlo en su culo peludo, si eso hacía feliz a Daila. Contradictorio, ¿verdad? Imagino que un poco. Suele sucederte cuando tu cerebro se ha vuelto mierda, como el mío, tu ego tan golpeado que ya no puedes ni sentirlo y una hija pequeña que solo quiere una familia feliz.

—¿Adrián?

Levanté la vista para encontrarme con los más hermosos ojos cafés claros que hubiera visto. Bueno, mierda, ciertamente ella no parecía tan bonita en la foto. Yo ni siquiera le presté atención. Pero ahora... Tuve que cerrar la boca y tragar duro la cosa molesta en mi garganta mientras ella me sonreía con sus perfectos dientes blancos. La chica parecía salida de un sueño húmedo: como de veinticinco, bajita, un metro sesenta quizá, piel canela y una maraña de rizos rebeldes. Yo no deseaba mirarla como a un pedazo de carne, seguramente me haría parecer como el maldito Lobo Feroz, pero lo hice. Ella era perfecta, con sus pechos medianos, caderas anchas y muslos gruesos.

—Disculpa, es que me quedé...

—No importa —dije levantándome.

Moví la silla para ella y esperé que se sentara, después volví a mi lugar y tan solo... la miré. Tan patético como podía serlo: con mi boca abierta y las manos en las mejillas. Tan varonil, atractivo, sensual y etcétera.

Ella extendió su mano hacia mí, la tomé en un suave apretón. Y de nuevo su sonrisa me dejó atónito.

—Karina —dijo.

Y no tenía un nombre horroroso de mierda.

—Adrián.

—Sí, ya sé. Jonathan me dijo.

Uh-oh. ¿Por qué no me gustaba?

—¿Jonathan? ¿De dónde lo conoces?

Pregunta estúpida, él había planificado esto. Ella rio nerviosa.

—Fue novio de mi prima. —Se llevó el cabello detrás de la oreja. Eso me pareció sexi, aunque no sabía por qué—. Hace como dos años.

—Ah...

—Sí...

Y nuestra conversación murió. No quería que eso pasara, no ahora. Ella parecía correcta: su voz era suave y feliz; tenía una mirada dulce y sí, joder, era hermosa. Y me ponía duro de solo mirarla. Bueno, yo estaba caliente. Demándenme.

—¿Y qué haces? —Me sentía torpe, como de quince años otra vez—. ¿Trabajas, estudias, te mantienen?

—Soy maestra. Preescolar, me gustan los niños y eso.

Hubiera podido besar a Jonathan de tenerlo frente a mí. Aunque por otro lado, también hubiera podido cortarle los testículos con un cuchillo para mantequilla. ¿Por qué, si conocía a la mujer perfecta, no me la presentó antes?

—Ah, qué bueno. Yo soy baterista. —Una duda cruzó mi mente—. ¿Qué piensas del rock pesado?

Oírme decir «rock pesado» casi me saca una risa. Por lo general así era como las personas se referían al Metal, y la mayoría se persignaba antes de echarse a correr.

—Me gusta Epica —dijo, eso me desanimó. A todo el mundo le gustaba Epica. Entonces ella me dio una sonrisa que solo describiré como sucia—. ¿Conoces a Gallhammer y MTH^[41]? Ellos también. Y Arch Enemy, Morbid Angel, Cradle Of Filth...

Dejé de escuchar en ese punto. Yo amaba a la mujer y muy probablemente a Jonathan. Era perfecta. No solo inteligente y bella, tenía que serlo debido a su profesión, sino que le gustaban algunas de mis bandas favoritas.

—Coño, cástate conmigo.

Ella soltó una risita suave.

—Sí, Jonathan dijo que me lo pedirías.

Eso me confundió.

—¿Él te dijo qué bandas me gustan y eso? Coño e' madre, voy a matarlo.

Karina negó, aún sonriente.

—*Nah*, qué va. Me gustan en serio. Pregúntame cosas, si no me crees.

—¿Canción favorita de MTH?

—Tsume, Tsume. Tsume.

Oh, dulce Jesús, yo tendría un orgasmo.

—¿Angela o Alissa?

Resopló, haciendo rodar los ojos.

—¿En serio? Angela.

Síp. Yo ensuciaría mis pantalones.

—*Red roses for the Devil's whore...*

—*Dark angels taste my tears. And whisper haunting requiems...*

Ella se sabía la letra de *A gothic romance*, de Cradle of Filth. Estuve a punto de gritar como una quinceañera siendo desflorada. Muy varonil, apropiado y etcétera.

—¿Pasé la prueba?

Asentí, casi aturdido.

—Verga. Cásate conmigo, en serio.

Karina se mordió el labio inferior. ¿Ella estaba coqueteando conmigo? Yo estaba un poco oxidado con esto. Además, el coqueteo venezolano era más bien vulgar y terminaba en sexo clandestino con ropa. Ella, sin embargo, solo hacía movimientos sutiles que me tenían confundido.

—Háblame de ti.

Y de nuevo, me desanimé. Traté de no demostrarlo.

—Ah, bueno. Te dije: soy baterista, Jonathan y yo estamos en la misma banda.

—¿Y...?

Tomé aire.

—Ahora es todo lo que hago, no tengo mucho tiempo para otras cosas. Tengo una hija y ella es mi consentida, mi mundo.

—¿Cuántos años tiene?

—Siete. —Busqué mi teléfono y le mostré mi fondo de pantalla—. Es ella, se llama Daila.

Karina abrió los ojos como paltos, después me sonrió.

—Está bellísima. ¿Y su mamá, están separados? Digo, porque estamos aquí... y eso sería muy asqueroso si tú...

—La dejó botada.

—¡No, la muy puta!

Sí, lo era.

—No hablemos de ella.

—Entonces hablemos de ti. ¿Qué más te gusta?

—Tú. —Sí, bueno, eso salió sin que me diera cuenta. Me aclaré la garganta—. Coño, no salgo muy seguido, discúlpame. Me gustan un poco e' vainas.

—Y yo. —Otra risita.

—Sí, y tú.

—Qué lindo.

No sabía si eso era bueno o malo.

—¿Gracias?

Karina no dejaba de sonreír, eso me tenía fascinado.

—Cuéntame más de ti.

Vacilé. Ella realmente me agradaba, y este sería mi último intento. Decidí ser abierto con ella, contarle algunas cosas y ver qué sucedía.

—Soy adicto, rehabilitado desde que tuve a mi chamita, pero adicto. Soy un desastre con las mujeres y me hago pajas todos los días porque estoy bien frustrado y no quiero coger con una jeva diferente todo el tiempo. Quiero que mi chamita tenga un buen ejemplo de mí y eso... —Tomé aire —... Mi mamá es evangélica, no es mi mamá-*mi mamá*; pero algo así. Ronco, le pongo ajo a todo, porque me gusta como que mucho, y soy alérgico a las pasitas^[42]; así que es un peo hacer hallacas^[43]. Soy un pendejo cursi: rosas, agarraditos de manos y acurrucaditos todo el tiempo. Me gusta hacer cucharita y coger en las mañanas. Eso ya no lo hago porque estoy más solo que el coño. —Hice una pausa, antes de decirle lo que realmente quería—: Daila es lo más importante

para mí y si tengo una mujer y esa vaina..., ella tiene que quererla. Venimos en combo.

Karina parpadeó y... silencio. No dijo nada. Entonces supe que lo había arruinado. Estaba bien, después de esto, buscaría otra forma. La sonrisa regresó a sus labios, desconcertándome. Sus ojos iluminados eran bellísimos, ella rozó sus dedos con la piel de mi brazo y dijo:

—También me gusta hacer cucharita.

¿En eso se quedó? Bueno, le había dicho que sería la segunda opción en mi vida; además de que era un desastre ambulante y exadicto. Infiernos, yo había dicho un millón de cosas que desalentarían a cualquier mujer.

—Escuchaste todo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y...?

—Me gusta hacer cucharita.

Eso no tenía sentido.

—Coño, mami, no te entiendo. Sé más clara.

Karina se inclinó sobre la mesa, acercó su rostro al mío despacio y me besó.

CAPÍTULO 16

Florencia miró a Karina como evaluándola. En mi interior recé para que pasara la prueba. A mí me gustaba. Después de algunas citas y dos o tres noches de sexo —quizá cinco o seis—, la maestra me tenía a sus pies. Era simplemente maravillosa: dulce, divertida, inteligente y se moría por conocer a Daila. Pero yo sabía que esto no tomaría ningún rumbo si mi madre adoptiva no le aprobaba. Florencia tenía mejor criterio que yo en la mayoría de las cosas y era mi familia, dependía de ella en más de un sentido.

Si mi madre decía que no, por mucho que me gustara, Karina pasaría al olvido.

Florencia se hizo a un lado, sonriéndole, y Karina entró dudosa al apartamento donde nos esperaban Jonathan junto a Nayalí; Angelí y su esposo; Óscar y Daila. *Síp*, esta sería una gran reunión familiar. Solo faltaba Martha; pero nadie le había invitado. Nadie lo haría. Tendría que conformarse con ver desde su ventana, justo como ahora.

Fui hacia mi hija y la besé en la frente. Daila rodeó mi cuello con sus pequeños brazos y acercó sus labios a mi oído.

—¿Es ella, papi? —murmuró, viéndola de forma disimulada.

—Sí.

—Es bonita.

—Mucho.

Daila me dio una sonrisa enorme con hoyuelos.

—Se parece a mí —dijo en tono cómplice.

Y sí, lo hacía, de cierto modo. Jonathan lo planeó desde el inicio, cuando le conté sobre mi plan de buscarle una madre a Daila. Las citas fallidas solo fueron una jodida broma de mal gusto; pero la recompensa final... Oh, santo Dios, yo estaba flotando en una nube y eso que Karina y yo solo llevábamos un par de meses como novios. Porque eso éramos. ¿Qué tan extraño podía escucharse? Adrián David Ramírez, *Sangriento*, tenía novia.

—¿Eso te molesta, mamá?

Daila negó, aún viéndola por encima de mi hombro.

—No. Ella me gusta.

Ese era un alivio.

Karina se acercó a nosotros. Poniéndose de cuclillas, ella miró a Daila. Por un momento, no hablaron y yo pensé «esta vaina es incómoda», porque todos estaban viéndonos, como esperando una revelación mística. Entonces Daila me soltó lentamente y se giró hacia mi novia. Karina extendió los brazos y... magia. Fuegos artificiales, la jodida escalera al cielo, lo-que-fuera. Era hermoso. Mi hija se aferró a ella como si fuera el aire que respiraba y permanecieron así.

Cualquiera hubiera podido pensar que Karina estaba haciéndome un favor; no fue de ese modo. Yo ni siquiera se lo había pedido. De hecho, traté de retardar este momento tanto como me fue posible, pero ella insistía con querer conocer a la dueña de mi alma y a todas las personas que me apoyaron cuando más lo necesité. Ella conocía mi patética historia: desde Gabriela y su abandono, hasta mi caída en picada; la bebé en el basurero y mi viaje al Centro de Rehabilitación. Angelí, Óscar, Florencia... Todo. Las ventajas del buen sexo, ella me sacó una confesión después de una o dos mamadas. Sin embargo, valió la pena, lo supe en cuanto vi a Daila llenarle la cara de besos.

—Un pajarito me contó que te gusta el chocolate —dijo Karina, poniendo en su mano una

barra enorme.

En otro momento, hubiera dicho que era demasiado para Daila; hoy no. Estaba eufórico y agradecido. No quería arruinar el momento, explotar la pequeña burbuja en la que parecía haberse encerrado con mi hija.

—¿Cómo se dice, mami?

Daila miró hacia abajo, luego a mí y después a Karina.

—Gracias.

Karina la besó en la mejilla.

—De nada.

Karina se levantó viendo un poco nerviosa al grupo reunido en la sala. Ella levantó la mano a modo de saludo.

—Hola. Me llamo Karina, mucho gusto —dijo.

Florencia nos miró a uno y otro, frunció los labios mientras pensaba y después soltó la bomba:

—¿Cuándo se casan?

El silencio fue tan incómodo que si un alfiler se caía, todos lo hubiéramos escuchado. Supe que Florencia estaba hablando muy en serio debido a la expresión de su rostro. Ella deseaba lo mejor para mí y el matrimonio ciertamente lo era: un verdadero hogar, mi familia completa. Era pronto para dar el paso, no obstante. Karina y yo nos estábamos conociendo, pensar en matrimonio... ¿no habría sido extraño? Aunque lo pensé, por un momento. Yo quería mi felices para siempre, amor eterno, dicha absoluta y etcétera. ¿Y lo más insólito? Con alguien como ella. Porque nos entendíamos y éramos perfectos juntos. Además, no negaré que era hermosa y sabía qué botones apretar para ponerme de cero a caliente como el infierno. Ni siquiera el porno consiguió erecciones tan fáciles en mí como lo hacía ella con un beso.

Aunque no se trataba solo del sexo, iba mucho más allá. Momento cursi de nuevo, ¿oops? Los violines, por favor.

—Bueno, señora...

—Suegra. —Florencia meneó la mano, como desechando la palabra «señora».

Karina le sonrió.

—Suegra. Nosotros todavía no hablamos de eso.

—Ah...

Ella pareció decepcionada.

—Mamá, es que... estamos saliendo y vaina.

—Entonces, ¿no quieres ser mi mami?

La mirada suplicante de Daila me rompió el corazón. Mierda, ¿cómo explicárselo de un modo que ella pudiera entender? Antes de que yo pudiera hacer cualquier movimiento, Karina estaba de nuevo inclinándose frente a ella.

—Podemos ser amigas mientras tanto —propuso—. Tu papá y yo somos novios, pero..., después..., si todo sale bien, yo puedo ser tu mamá.

—Bueno.

—Daila, mami —le dije—. No te pongas triste, que yo también me pongo triste y soy bien feo cuando lloro.

Ella sacudió la cabeza negando. Parpadeó varias veces y le sonrió a Karina.

—¿Quieres ver mi casita de Barbie? Mi papá me la compró. Es grandotota y tiene muchas cositas adentro.

Karina asintió entusiasmada.

—¿Qué más te compró tu papi?

Los ojos de Daila brillaron.

—¡Muchos juguetes! Y también un oso gigante.

—¿Uno de verdad?

Ella se rio.

—De peluche. Es asíííí. —Extendió los brazos, dando a entender su punto—. Grandotote.

¿Quieres ver?

Karina le dio una sonrisa.

—Sí.

Ambas salieron cogidas de las manos, como si se conocieran desde siempre, y yo las vi hasta que desaparecieron por el pasillo. Momentos después, las escuché reír.

La tarde transcurrió de manera natural: con chistes de mal gusto, algunas malas palabras y regaños por parte de Florencia y Angelí. Éramos como una gran familia rara en la que todos aportaban algo bueno, incluso quienes la sociedad menos hubiera esperado.

Karina se integró rápido, haciendo comentarios inteligentes, siendo educada... Y mi hija se negó a separarse de ella mientras estuvo en el apartamento, siendo su pequeña sombra. Daila realmente deseaba que fuera su nueva madre y yo comencé a verla como algo más que mi novia del momento. La quería en mi vida, con Daila y conmigo. Eso me asustaba por momentos, pero cuando ella me sonreía... Diablos, yo olvidaba todas mis malas experiencias y empezaba a preguntarme por qué no. ¿Qué tan malo sería esta vez?

Nuestra primera reunión familiar se convirtió en dos, tres, cuatro... Los días se hicieron semanas y las semanas algunos meses. Cuando me di cuenta, ella era parte de nuestras vidas. No solo mi mujer y una amiga de Daila, sino su madre; aunque no portara el título. Empezó a prepararle el desayuno cuando se quedaba a dormir con nosotros y a enseñarle cosas: cómo peinar sus rizos rebeldes y cómo combinar sus vestidos con las medias y los zapatos; qué pantalones debía usar con sus camisas de Bob Esponja y cómo combinar el tono de su piel con los colores...

Conmigo no fue diferente. Ella venía a los conciertos y estaba en primera fila, cantando nuestras canciones y gritando. Usaba camisas con el logo de la banda y una especial, que decía: «Amo al Maldito Sangriento», que mandó a estampar y tenía mi precioso rostro de Adonis. Se preocupaba por mí: que no cediera a la presión social cuando había licor o cigarrillos involucrados; conversábamos sobre mis temores y lo que me podría hacer caer de nuevo en mi espiral de locura y vicios. Me sorprendía con un abrazo cuando más lo necesitaba y... poco a poco se fue metiendo debajo de mi piel hasta que ya no pude ni quise sacarla.

Ya no teníamos sexo, no era coger; hacíamos el amor y cuchareábamos toda la noche. Teníamos citas algunos fines de semana y pasábamos mucho tiempo juntos.

También, Karina fue olvidando sus cosas en mi apartamento. Un día el cepillo de dientes, después algo de ropa interior, un par de pantalones y algunas camisas; maquillaje y productos femeninos... Y yo lo notaba, pero no pensé que fuera importante. Después de todo, era mucho mejor tener algunas cosas a mano, sobre todo si iba a quedarse una noche o dos. Esas noches esporádicas se convirtieron en una semana o dos... Hasta que un día desperté con Karina a mi lado y me di cuenta de que estábamos viviendo juntos desde hacía tres meses y mi hija ya le llamaba «mamá». ¿Lo mejor? Karina estaba realmente bien con ello, dondequiera que iba la presentaba como su hija y a mí como su marido.

Nos volvimos una familia sin darnos cuenta y era la maldita mejor cosa del mundo. Y con todo eso, yo aún quería un poco más. Lo entendí al ver su sonrisa esa mañana mientras la sostenía en mis brazos. Por lo que respiré hondo e hice la pregunta que tenía atorada en mi garganta:

—Mami, ¿te casarías conmigo?

Karina parpadeó confundida, luego abrió la boca y una lágrima se deslizó desde su ojo.

—Sí.

CAPÍTULO 17

Yo iba a casarme. Posiblemente esto pareciera la gran cosa, dada las circunstancias: Karina y yo llevábamos viviendo juntos algún tiempo y además le había pedido matrimonio. Ella aceptó, por lo que era lógico pensar que sucedería tarde o temprano, ¿verdad? Es decir, no íbamos a estar comprometidos hasta hacernos viejos. Yo iba a casarme, gran cosa. Pero déjame ponerlo en perspectiva: yo-iba-a-jodidamente-casarme... hoy. Y estaba nervioso, tanto que mis manos temblaban mientras me vestía frente al espejo, junto a mis amigos.

Aún estando a punto de suceder, continuaba pareciéndome irreal.

Hacía poco más de ocho años, yo era un perdedor inmundo: ahogándome en mi propia miseria, solo y al borde del colapso. Un adicto sin futuro. Hoy, no obstante, tenía todo lo que siempre deseé: una familia, amor verdadero y personas que confiaban en mí, que creían que yo realmente valía la pena. Y tal vez un poco más: una nueva banda mil veces mejor a la que me dio una patada en el culo, y mi fama de regreso. Oh, bien, quizá yo no era otra vez el Dani Filth venezolano que solía ser; pero lo que tenía ahora se le parecía mucho. Y estaba feliz con ello.

Terminé de abotonarme mi camisa negra de seda con volantes en el pecho, me puse la chaqueta roja de gamuza y solté el aire que guardaba en mis pulmones como un tesoro nacional. El hombre frente al espejo era yo: mismo cabello largo y liso hasta los hombros, ojos marrones casi negros y piel pálida. Pero me sentía distinto: más maduro y fuerte, aunque continuaba siendo un hijo de puta la mayor parte del tiempo. ¿Qué puedo decir? Algunos hábitos nunca mueren.

Respirando hondo comencé a recogerme en cabello con una cinta de seda. Tenía que verme perfecto antes de ir al altar para unirme a mi mujer porque, después de todo, ella se había esforzado mucho en esto.

Karina y Florencia estuvieron planeando nuestra boda durante meses: la vajilla, los manteles y las flores... La decoración en general, e hicieron un gran trabajo. Ella quería algo elegante con un toque aristócrata, mientras que yo me inclinaba por una ceremonia un poco más oscura y terrorífica. Al final, coincidimos en que lo mejor sería tener un poco de ambos mundos, por lo que terminamos con una ceremonia gótica y aristocrática, al mejor estilo *Visual Kei*^[44]. Buena cosa que ambos fuéramos un poco-muy frikis o esto habría resultado mal.

No lo hizo.

Mientras caminaba hacia el altar, para esperar por mi futura esposa, me fijé en lo que ella y Florencia hicieron. Todo era magnífico, no demasiado elegante ni femenino pero tampoco aterrador como se hubiera esperado de mí. Perfecto.

El padre de Angeli, que aceptó casarnos, tenía una sonrisa enorme. Debía de estar disfrutando esto. El hombre había roto el molde de pingüino con parálisis facial; para ser un clérigo podía ser extrovertido y risueño. Aún no entendía sus chistes, pero el pastor lo intentaba, tenía que darle créditos por ello.

Cuando estuve frente a él, me apretó el hombro, dándome ánimos. Sí, yo estaba nervioso como la mierda. Karina y yo nos habíamos casado dos semanas antes, en una ceremonia civil. Solo estaba haciendo esto por ella, porque deseaba ver esa sonrisa enorme en sus labios y sentirme orgulloso por ser el causante. Además, Daila también estaba emocionada con ser la «niña de los de las flores». Ella se moría de ganas y yo, como su padre amoroso, se lo daría.

Ah, sí: estas mujeres me tenían envuelto en sus meñiques. Yo podía ser tan fuerte, firme, macho y etcétera.

La marcha nupcial, una al mejor estilo metalero y que era tocada por los chicos de Dolor y Miseria, dio inicio. Tragué duro en cuando vi a Daila, con su precioso vestido lila, esparciendo pétalos de rosas negras y azules, como una alfombra, para que Karina caminara sobre ellas. Apreté los párpados, tratando de contener las lágrimas. Odiaba ser tan sentimental, no podía evitarlo. Hoy todos mis sueños se estaban cumpliendo y yo solo...

Abrí los ojos, Karina caminaba hacia mí con su vestido de falda ancha y corsé negro con algunos detalles rojos, ella se veía impresionante. Y yo me sentí el hombre más afortunado del mundo. En serio, algo bueno tuve que hacer para que me premiaran de este modo. Extendí mi mano hacia ella, la tomó y nos miramos solo un momento antes de que el pastor comenzara con el habitual sermón antes de la boda. Cosas sobre fidelidad, amor eterno, entrega y compromiso, devoción y etcétera.

Mientras lo escuchaba, mi mente viajó al pasado. Yo soñé tantas veces con esto junto a Gabriela. Entonces pensé que era la indicada para mí. La única, ya sabes. Creí que lo que teníamos era amor real, sin embargo, cuando me dejó me di cuenta de que solo fue interés. Estuvo conmigo porque fui conveniente, cuando dejé de serlo... Ahora, no obstante, yo sabía que Karina no me haría lo mismo. Quizá ella no hubiera estado en mi peor momento, pero conocía la historia y me aceptó con mis debilidades y defectos, en especial con mi hija. Ella nos amaba a ambos y eso era suficiente para mí.

—Acepto. —La voz de Karina me trajo de vuelta al presente.

Con una sonrisa, esperé a que el pastor me hiciera la única pregunta que no necesitaba respuesta.

—Acepto —dije. Y jamás me sentí tan bien por haber tomado una decisión en mi vida.

Intercambiamos anillos, ambos de titanio negro. El de Karina tenía pequeñas piedras incrustadas alrededor y un diamante en el centro. Lo más costoso que compré en mi vida y, sin embargo, no me pareció suficiente para ella. El mío era simple y adecuado para un tipo-rudo, como yo lo era.

Cuando nos besamos, una lágrima se deslizó desde mi ojo. Mi corazón se sentía enorme y tan feliz, que me fue imposible contenerla. «Mi familia», me dije. Alejándose, Karina la limpió con una sonrisa, sin darse cuenta de que ella también estaba llorando.

Oh, nosotros éramos tan cursis. Pero estaba bien.

Todo lo estaría de ahora en adelante.

Como habíamos alquilado un salón para llevar a cabo la ceremonia y la celebración, no hubo necesidad de trasladarnos hacia ningún lugar. Tomé la mano de Karina entre las mías y la llevé hacia una silla en el centro. Fui hacia el altar y me coloqué detrás de la batería, entonces hice chocar los palillos dando inicio a nuestra versión de *I don't wanna miss a thing*, porque era su favorita. Y Karina lloró mientras Jonathan cantaba. Bueno, mierda, el hombre no solo sabía hacer guturales; tenía un voz de barítono jodidamente hermosa y estaba robándose más de un suspiro mientras se movía de aquí para allá, cantándole a mi mujer.

Al terminar, regresé junto a ella y mi hija. Daila tenía un trozo enorme, real y absolutamente enorme de pastel en las manos y comía sin prestarle atención a nada más. Reí por lo bajo, viendo sus mejillas llenas de crema y apreté la mano de mi esposa. El pensamiento me paralizó por un segundo. Santo Dios, yo estaba casado. Y se sentía tan malditamente bien.

Por primera vez en muchos años no tenía miedo del futuro, sino que esperaba ansioso lo que pudiera ofrecerme.

—Gracias —le dije.

Sus ojos me miraron confusos.

—¿Por qué?

—Ya sabes: Daila, yo. Todo.

Karina se me besó en el cuello y se recostó en mi hombro.

—Venían en combo, papi. Si la quería a ella, tenía que quedarme contigo también.

Volví a reírme.

—También te amo.

Karina entrelazó nuestros dedos y juntos miramos a Daila bailar con Joao, luego Jonathan y cada uno de mis amigos. Esta era la mejor parte de todas: verla tan feliz porque, finalmente, tenía la madre que siempre quiso. Y yo la mujer que nunca esperé encontrar.

En retrospectiva, fue de este modo como debió suceder. Ser abandonado por mi padre y tenido una pésima relación con mi familia; convertirme en un ebrio adicto, ser dejado por Gabriela; encontrar a Daila en el basurero, ser adoptado por Florencia e ir a rehabilitación... Cada uno de esos eventos fueron más que casualidades. Se trató de Dios y el Destino empujándome al fondo del océano, sin salvavidas, solo para enseñarme a nadar.

Y ahora que sabía hacerlo, nada ni nadie podría detenerme.

EPÍLOGO

Mi hija cumplía diez años. Mientras la miraba correr por el jardín de nuestra nueva casa con sus amigos, pensé en lo rápido que pasa el tiempo. Me pareció ayer cuando la encontré llorando en medio de la basura y hoy, no obstante, ella cumplía diez.

Pudiera decir muchas cosas estúpidas, incluso un chiste de mal gusto; un comentario gracioso quizá. Algo como: «Oh, qué macho soy. ¿Dónde están mis violines?», y mierda. No en ese momento, cuando mis ojos ardían tratando de contener las lágrimas producto de la felicidad.

Yo lo tenía todo: familia, dinero, amigos y amor. ¿Qué puedo decir? Soy un hombre afortunado. La vida me dio grandes golpes, solo para recompensarme después. Ella es una sádica y yo masoquista, supongo, pero al final funcionó. Yo ya no estaba enojado y la vida..., bueno, había dejado de ser una perra conmigo hacía mucho. Ahora éramos como una preciosa pareja de recién casados.

Mientras Daila se acercaba a su pastel, hundía los dedos en la crema color rosa y huía como la más bella delincuente, Karina vino a mí con una extraña sonrisa. Con nuestros dedos entrelazados y nuestros cuerpos tan juntos que parecían fundirse en uno solo, ella besó mi mejilla. Luego volvió su atención hacia los niños que jugaban, gritando y saltando como fuera de control, y me dijo:

—Papi, ¿te acuerdas de lo que Daila te pidió de cumpleaños?

Vacilé durante un momento. ¿Qué, entre tantas cosas, me había pedido mi hija? Hice memoria: un poni mágico, que por obvias razones no pude conseguir; una de las Tortugas Ninja, tuve que contratar a un acróbata disfrazado; un cachorro de *golden retriever*, que corría detrás de ella con pasos torpes; la última colección de Barbie, con accesorios y mierda, estaba envuelta en la pila de los obsequios; nuestro pastel hecho en casa, lo horneamos el día anterior los tres juntos; y un... hermanito...

Tragué duro, con mis ojos muy abiertos. Karina me dio de nuevo esa extraña sonrisa y entonces lo entendí.

—¿Tú...?

Ella llevó nuestras manos hacia su vientre plano.

—Como que me embarazaste. —Rio—. ¿Crees que le guste nuestro regalo?

Respiré hondo, conteniendo las lágrimas.

—Coño, sí.

Karina recostó la cabeza en mi hombro.

Hasta ese momento, yo creí tener todo lo que un exadicto podría desear. Me equivoqué. Ahora, más que nunca, yo estaba completo.

Y nada en el mundo, pudiera haber sido mejor.

☆ FIN ☆

NOTA DEL AUTOR

Ante todo, permíteme agradecerte por haber adquirido este libro. De todo corazón, ¡mil gracias! No sabes lo mucho que significa para mí, como autora.

Me gustaría pedirte un favor: si te ha gustado, deja tu puntuación y comentarios en Amazon, como apoyo, para que así más personas puedan llegar a esta historia. Si lo haces, yo te estaré eternamente agradecida.

Por otro lado, te invito a esperar mis próximos libros, habrá de todo un poco: Novela Negra, Homoerótica, Sobrenatural... ¡Estoy trabajando en ellos! Aunque si te interesa saber más, te invito a echar un vistazo a mi perfil en Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/Tsukichan7>

Bueno, sin más me despido.

Mil gracias por tu atención.

Lorena.

SOBRE EL AUTOR



«Soy una escritora de romance, curiosa y soñadora.

Amo a Dios, sobre todas las cosas, y a mi familia; además de la buena comida, los libros, el anime, los cómics y el *Simphonic Black Metal*. ¡Oh!, y por supuesto, escribir.

Mi debilidad son los chicos altos, tatuados, musculosos y de cabello largo, pero eso..., bueno..., imagino que ya lo habrás notado».

Lorena R. Jeffers, mejor conocida como *Tsuki*, es una escritora que tuvo sus inicios en la reconocida comunidad de lectores y escritores, *Wattpad*, en donde publicaba *fanfiction* de sus series, libros y cómics favoritos. Más tarde, se atrevió a sacar a la luz obras originales y pequeños devocionales que fueron recibidas con buenas críticas por el público. Uno de ellos es «Volver a empezar», una hermosa novela romántica que nos recuerda que siempre es posible salir adelante a pesar del dolor que llegemos a sentir en determinado momento...

Si quieres saber más sobre Lorena y sus próximos proyectos, visita:

<https://www.wattpad.com/user/Tsukichan7>

[1] Pordiosero.

[2] En este sentido, vaina en Venezuela puede ser cualquier cosa.

[3] Comerse un cable: pasar hambre.

[4] Mujer, chica, novia.

[5] Es una forma despectiva de llamar a los homosexuales, aunque también es una interjección común en las conversaciones y se utiliza de forma constante como un saludo. Ejemplo. «¿Cómo estás, marico?»

[6] Echar raíces: envejecer.

[7] Niño/a.

[8] Tonto, estúpido.

[9] Se usa como sinónimo de chismoso, pero también entupido o lento.

- [10] Se refiere a un aborto.
- [11] Chamo (chama, chamito/a): niño o adolescente.
- [12] Biberón.
- [13] Tener relaciones sexuales. Follar,
- [14] Mujer.
- [15] *Y tal*. No existe una traducción específica, pero lo más cercano sería «lo que sea/como sea» o bien «ya sabes». Se utiliza indistintamente del tema. «Iba caminando cuando la vi, y tal». «Sabes que terminamos porque es bien gafo, y tal»...
- [16] Comida típica venezolana. Es una especie de torta frita o asada hecha de harina de maíz blanco o amarillo, la cual se come sola o rellena de jamón, queso, carne etc.
- [17] Pendejo.
- [18] El Hermano Cocó, fue un personaje cómico venezolano.
- [19] Generalmente se aplica a hombres, pero *no* homosexuales. Es un insulto altamente denigrante, en el que se insinúa que el hombre en cuestión ha tenido que recurrir a los extremos (como una felación o sexo oral a otro hombre) para lograr algo.
- [20] Afeminado.
- [21] Aime/manga que se caracteriza por ser pornográfico.
- [22] Se trata de un subgénero del anime y manga protagonizado por animales antropomórficos. Generalmente es pornográfico.
- [23] Golpe.
- [24] Sandalias cómodas para estar en casa.
- [25] Tonto.
- [26] Aburrida.
- [27] Es una insinuación sexual.
- [28] Adrián se refiere al acto sexual.
- [29] Estúpido, tonto, idiota.
- [30] Problema.
- [31] Amigo.
- [32] Dificil, también se utiliza como sinónimo de enojado.
- [33] Dinero.
- [34] Rockero. No necesariamente de mal aspecto, aunque algunos le dan esa connotación.
- [35] Hombre que asume el rol «pasivo» en una relación homosexual.
- [36] Pastel común o de cumpleaños.
- [37] Fritura en forma de media luna (usualmente) hecha con masa de harina de trigo, rellenas con queso, carne, etc.

[38] *Cupcakes*.

[39] De acuerdo.

[40] Penes.

[41] Máximum The Hormone. Banda japonesa de metal alternativo.

[42] Pasas de uva/Uvas pasa.

[43] Hallacas, plato navideño típico de Venezuela. Es una especie de bollo relleno, que se hierve envuelto en hojas de plátano.

[44] Es un movimiento estético surgido entre músicos japoneses a partir del rock japonés, mezclado con el glam rock, el heavy metal, el punk rock, post punk, el rock gótico y el deathrock en la década de 1980. «Visual kei» significa literalmente «estilo visual», y es esa la dirección a la que evolucionó la música rock japonesa, el uso de maquillaje, peinados muy elaborados, vestimenta llamativa, a menudo, asemejando una estética andrógina.